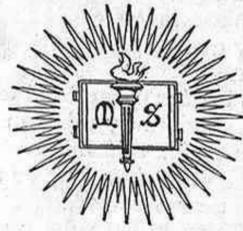


# La Ilustración Artística



AÑO XIX

← BARCELONA 2 DE JULIO DE 1900 →

NÚM 966



COQUETERÍA, cuadro de Francisco Masriera

(Salón Robira, Fernando VII)

## SUMARIO

**Texto.**—*El retrato y el pañuelo (cuento)*, por José Echegaray. — *Arte y artistas. Joaquín Sorolla*, por León Roch. — *Islas Filipinas. Corazón de madre*, por Rafael Chichón. — *Guerra anglo-boer. Nuestros grabados. Problema de ajedrez. Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). — *República Argentina. Buenos Aires. Plaza «España»*, por Justo Solsona. **Grabados.**— *Coquetería*, cuadro de Francisco Masriera. — *Joaquín Sorolla. Comiendo en la barca*, cuadro de Joaquín Sorolla. — *Pequeños cantores*, cuadro de Pedro Stachiewicz. — *Islas Filipinas. Manila. A orillas del río Pasig. El río denominado Mariquina. Chinos fumadores de «anfión» (opio). Soldado filipino. Monumento en honor de Magallanes. Guerra anglo-boer. El general Cronje y su esposa en Santa Elena. Un hábil narrador*, cuadro de Dionisio Baixeras. — *En el hogar*, cuadro de Carlos Vázquez. — *Recogiendo algas*, cuadro de Andrés Dauchez. — *El mensajero de Maratón*, cuadro de F. M. Bennet. — *Sr. D. Adolfo Bullrich*, Intendente municipal de Buenos Aires. — *Excmo. Sr. D. Julio de Aréllano y Aréspide*, Ministro plenipotenciario de España en la Argentina. — *Sr. D. Jorge Williams*, Secretario de la Intendencia municipal de Buenos Aires. — *Inauguración de la plaza «España»*. — Placas y medalla conmemorativa de la plaza «España». — *En la parada*, cuadro de Félix Mestres.

## EL RETRATO Y EL PAÑUELO

(CUENTO)

## I

Era un día, como tantos otros, en que la discordia civil ensangrienta las calles de la capital.

O dicho con más claridad, era un día de revolución.

Las turbas vociferaban por todas partes. Diríase que, espontáneamente, las piedras se amontonaban formando barricadas. Tras las barricadas, hombres con fusiles. Y de todas las gargantas brotaba el mismo grito de muerte.

Era un ¡muera! inmenso contra un hombre: el poderoso de ayer: el ministro omnipotente.

Con razón ó sin razón, las turbas pedían su cabeza.

¡Quién hubiera osado defenderla! ¡Se hubiera necesitado mucho valor, mucho heroísmo ó mucha abnegación!

En el piso principal de una casa á cuyos pies se alzaba formidable barricada, vivía uno de los protegidos de aquel mismo magnate cuya muerte ansiaban las masas populares.

Todo se lo debía el protegido al protector: posición, nombre y riqueza.

Humilde le encontró, mendigo casi. Le tendió su mano, le alzó á su nivel. Pero basta de historias: vengamos al momento actual: en un gabinete lujoso de aquella casa se paseaba inquieto un caballero como de unos treinta y cuatro años.

Era el amo de la vivienda; el protegido del ministro: su hechura, su favorito, su consejero.

Y cada vez más inquieto, más febril, daba vueltas y paseos á lo largo y á lo ancho, de la puerta de entrada al balcón y del balcón á la puerta.

Cuando llegaba al balcón se detenía y á él llegaban los gritos y las maldiciones de afuera, el ruido de la barricada, y los ecos de lejano tiroteo.

El caballero, llamémosle así, se iba poniendo cada vez más pálido.

¿Era de indignación? ¿Era de cólera? ¿Era de miedo?

Esto último nos parece lo más probable, por lo que luego se dirá.

De pronto, se presentó en la puerta una señora joven y guapa — porque el ser guapa aquella señora no perjudica al cuento, y la hermosura viste más que la fealdad.

Debía ser la esposa del caballero pálido, y también debía tener miedo según le temblaba la voz.

— ¿Qué ocurre?, preguntó él.

Y ella le contestó:

— Que dicen que van á subir.

— ¿Quiénes?

— Esos hombres: los de la barricada.

— ¿Para qué?

— Para ocupar los balcones.

— Sólo eso nos faltaba, exclamó el pobre hombre.

Y digo pobre hombre, aunque no era pobre, porque cuando el miedo pasa de cierto límite decoroso, todo hombre, por rico que sea, se convierte en un pobre hombre.

— ¿Y qué hacemos?, agregó temblándole la voz tanto como á su mujer.

— ¡Qué hemos de hacer! Dejarles entrar, porque si no será peor.

— ¡Tienes razón! Nos iremos allá adentro.

Y ella le preguntó casi con espanto:

— ¿Y eso?, señalando á un retrato en fotografía que rodeado de elegantísimo marco colgaba de la pared.

Era el retrato del magnate, del odiado del pueblo, del perseguido por las iras del populacho, y á la vez, del protector, del amigo, del correligionario.

— ¡Es verdad!, exclamó nuestro hombre mirando

al retrato con los ojos muy abiertos. ¿Qué hacemos de eso? Si suben esas fieras y lo ven, nos asesinan.

— Nos asesinan, repitió ella como un eco.

— Hay que ocultarlo.

— ¿Y si lo encuentran?

— Lo encontrarán de fijo.

— ¿Pues qué hacemos?

— Romperlo y quemarlo.

— Es lo mejor.

Y se quedaron los dos mirando al retrato fijamente. De pronto se volvieron y miraron al espacio: habían creído oír una risa burlona.

— Cuando pase esto, dijo ella, compraremos otro.

— Sí, pero ese tiene su firma.

— Si al fin se salva le haremos que firme. Y si no se salva...

Y ella pensó filosóficamente:

— Si no se salva, ¿para qué lo queremos?

De la barricada subieron no gritos, sino aullidos, y las culatas de los fusiles empezaron á golpear en la puerta de la calle.

— Pues pronto, exclamó ella.

— Sí, pronto, dijo él. Porque esos salvajes van á entrar.

Con lo cual, entre marido y mujer descolgaron el cuadro, sacaron el retrato y volvieron á colgar el marco, que se quedó así como una boca abierta, que acaba de dar una carcajada, y en cuyo hueco unos hubieran escrito «ingratitude», otros «cobardía», casi todos «prudencia.»

Entre la mujer y el marido hicieron añicos el retrato y añicos aún más pequeños el nombre, la firma y la cariñosísima dedicatoria.

Y se llevaron los pedazos allá adentro para darles fuego y convertirlos en ceniza, que en casos tales toda precaución parece poca.

El gabinete se quedó solo y el marco vacío.

¡Cuántos marcos tan vacíos como este hay por el mundo!

Hasta aquí el retrato. Vamos al pañuelo.

## II

Pesquis era un granuja de nueve ó diez años. Y le llamaban Pesquis porque hay que confesar que el muchacho era listo.

Si tuvo padres, problema un tanto dudoso, ni él los conoció, ni los conoció nadie.

Dijérase que había brotado espontáneamente en las calles de Madrid y de su propio barro, por no sé qué maravillosa fermentación espontánea.

Nada sabía, porque nada le enseñaron: ¡que cuando algo quisieron enseñarle, por ejemplo, á robar pañuelos, lo aprendió tan bien como el primero! Porque Pesquis tenía mucho pesquis y mucha pupila y dedos muy sutiles.

¡Pobre chico! Después de todo, era aplicado, y hasta pundonoroso: que si al robar algún pañuelo, por inesperada torpeza, le cogían con la mano en el bolsillo, de vergüenza se ponía rojo.

Peró entendámonos: no por la vergüenza de robar, sino de robar torpemente. En todos los oficios, aun en los más modestos, hay su miajita de pundonor.

Este era Pesquis el granuja: el que sabía primorosamente robar pañuelos.

Pasemos ahora á Tití.

Tití era una chicuela próximamente de la misma edad que Pesquis: menuda, vivaracha. Precisamente por la viveza de sus movimientos le dió Pesquis el nombre de Tití un día que los dos miraban una mona que con gorro colorado iba en compañía de un saltimbanquis y de un oso por las calles de la coronada villa.

Y Pesquis y Tití se querían con todo el cariño de que eran capaces: con esos cariños de la infancia que son los más puros, los más espontáneos y los más verdaderos de la vida, porque son los más limpios de egoísmo.

Pasaban juntos casi todas las horas del día, exceptuando las horas de oficina, por decirlo así. A saber: aquellas en que Pesquis tenía que robar pañuelos y en que Tití tenía que pedir limosna para una madre baldada (que no existía) y cinco hermanitos tan fantásticos como la madre.

Por la noche ambos entregaban al contratista ó maestro los *honradísimos productos* de sus trabajos respectivos.

¡Ni qué sabían ellos lo que era honra! ¡Ni quién grabó en sus cerebros las líneas divisorias entre el bien y el mal! ¡Ni en qué vocabulario de la virtud aprendieron el abecedario!

La vida era alegre cuando estaban juntos; era triste cuando les separaba el *deber*, quiero decir, el robo y la limosna.

El bien, la honradez, la alegría, sólo tenían para Pesquis un nombre: el de la monuela Tití; sólo un

nombre tenían para Tití: el del noble y valeroso Pesquis.

Y así iban viviendo. Jugueteando en los días de calor; apretado uno contra otro en las noches frías de invierno, en que sus risas y sus juegos salpicaban de iris la lluvia y de carcajadas el viento helado.

Si hubieran sabido lo que significaba la palabra Dios y les hubieran preguntado si existía, sin vacilar hubieran dicho que sí. ¡Porque de no existir El, quién era capaz de haber creado á Tití para Pesquis y á Pesquis para Tití!

Cierto día, Pesquis le puso los puntos á un elegante caballero en quien creyó descubrir cara de panoli.

Y sépase que este caballero — porque así le conviene al autor del cuento, y porque el creador hace lo que quiere de sus criaturas — es el mismo que el del cuadro anterior, y casi pudiéramos decir que el del cuadro del retrato.

Pesquis olfateaba un soberbio pañuelo de batista que el caballero, con ademán señorial, había dado al viento y había metido después en el bolsillo del gabán.

Con lo cual Pesquis sintió una noble ambición: la de robar aquel pañuelo, como en efecto lo robó, con sus manitas finas, sutiles y bastante sucias por aña-idura. Pormenor que en la literatura moderna no puede darse por inútil.

Sin embargo, un momento después el caballero notó que había desaparecido su pañuelo de batista. Frunció el olímpico entrecejo, miró alrededor, vió al chicuelo; pero pasaba mucha gente y no pudo tener seguridad completa de que aquel granuja de cara tan inocente fuese el ladronzuelo.

Como el caballero era persona de gran seriedad y prudencia y no le gustase dar escándalos en la calle, no tomó determinación alguna violenta, limitándose á seguir maquinalmente al granuja.

Bien lo notó Pesquis, que era por todo extremo listo; pero no quiso huir, que era delatarse; y calle adelante siguió sin apresuramientos ni zozobras visibles, con las manos metidas en los bolsillos, deteniéndose en los escaparates de las tiendas y encaminándose adonde sabía que estaba Tití, para darle en un revuelo la prenda robada, como había hecho tantas veces. Porque Pesquis llevaba ya muchos años en tan honrosa carrera.

El caballero siguió detrás sin perderle de vista, porque también era hombre terco y de honrados sentimientos por añadidura; y odiaba el robo en general, y en particular cuando en su perjuicio se ejercía.

Y así, el niño y el caballero llegaron adonde estaba Tití; y llegaron á punto de presenciar una diminuta tragedia.

Porque, precisamente en el momento en que llegaron, se distrajo Tití mirando á Pesquis; y un coche que rápido pasaba la echó por tierra. No la atropelló por completo; pero dió la niña con la frente en una piedra; se hizo una ancha herida y la cara se le inundó de sangre.

El mundo se le vino encima al pobre Pesquis: se le encogió el corazón, y un grito de angustia, que fué extraña mezcla de aullido y de sollozo, se le escapó de la garganta.

Se arrojó sobre Tití; la levantó en sus brazos; le pasó las manitas por la cara y por la frente, con lo cual no le atajó la sangre, sino que la esparció.

Y en aquel momento metió la mano en el pecho, por un movimiento instintivo, pensando que en él llevaba el pañuelo robado, y que era muy fino, y que tan fina batista sería de gran alivio para la herida de Tití.

Al ir á sacar el pañuelo, levantó los ojos y se encontró con los del caballero fijos en él. Vaciló un instante; pero la herida de Tití seguía arrojando sangre muy roja. Y levantando los hombros en señal de soberano desprecio y de sublime desvergüenza, que debió estremecer de amor y de alegría á las esferas, sacó el pañuelo y lo aplicó sobre la frente de Tití.

El caballero se fué sobre él y le dijo con tono de soberana autoridad:

— ¡Ah, tunante! Debía entregarte á los guardias de orden público, más que por ladronzuelo, por tonto y por imprudente. ¿No has visto que yo estaba aquí?

Y el chiquillo, mirándole con los ojos llenos de lágrimas, le contestó:

— ¡Qué importa! ¡Si estaba echando Tití sangre por la frente!

El caballero dió media vuelta y se alejó. Acaso por caprichos extraños de la imaginación había creído ver flotando en el espacio un marco vacío y un pañuelo ensangrentado que extendido por mano misteriosa se ajustaba á su hueco y lo llenaba.

Y el cuento no dice más sobre la historia de Pesquis y Tití.

Con lo cual termina el segundo cuadro: telón rápido.

JOSÉ ECHEGARAY.

ARTE Y ARTISTAS

JOAQUÍN SOROLLA

La buena nueva de la victoria alcanzada en la sección española de la Exposición de París por el gran colorista valenciano, no ha sorprendido, no ha podido sorprender á nadie. A la cabeza de la representación de España en la pintura figuraba Sorolla, como figuraba Benlliure al frente de los escultores: las cuatro obras que en el gran certamen presentaban eran lo mejor que el arte español había producido en los dos últimos años. El Jurado de París no ha hecho más que confirmar un fallo justiciero de la opinión.

Tímidos nosotros para hacer justicia, cuando la justicia puede provocar enojos de rivales; muy tibios para proclamar la verdad, cuando el proclamarla puede ser motivo de encono para injustos sentimientos de rivalidad, no habíamos querido decir esto, que era de todos reconocido. Se hablaba de ello confidencialmente, se repetía *sotto voce*, pero jamás hubiéramos cometido la «imprudencia» de declararlo *coram pópulo*. No por otra causa quedó desierto el premio de honor en la última Exposición Nacional, cometiéndose la injusticia de burlar otra vez á Sorolla en sus legítimas aspiraciones.

Providencialmente ha venido tras aquel certamen este de París, donde el arte del mundo entero ha reunido sus obras más geniales, y el Jurado francés, ajeno á estas luchas, imparcial con todos y «más papista que el Papa,» ha confirmado el juicio de la opinión, antes desconocido torpemente ó despreciado, otorgando á Sorolla la alta recompensa merecida, con lo cual nos da de paso una soberana lección. Lección de justicia; lección también de patriotismo. Porque esto nos enseña á ser más respetuosos para lo nuestro, más amantes de la obra propia; respeto y amor propio necesarios para que fuera de casa se nos respete también y se nos estime.



El laureado pintor valenciano JOAQUÍN SOROLLA, que ha obtenido la medalla de honor en la Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de París de 1900

El triunfo de París viene á consolidar la alta reputación del ilustre pintor valenciano, colocándole en las avanzadas del arte universal, entre los grandes maestros extranjeros que antes ó ahora han sido laureados en París. Motivo de regocijo para el arte nacional, por su nueva y brillante gloria para él, es al

mismo tiempo esta victoria causa de justo envanecimiento para el artista. Pero no hay miedo de que Sorolla se envanezca ni se engría. Modesto y sencillo siempre, no codicioso de más títulos que los que en razón y en derecho cree él que merece, este gran éxito no modificará su carácter, no añadirá un solo átomo de soberbia á la propia creencia del valer justamente tasado, ni alterará en una línea el sistema de su vida de trabajo y aislamiento, fecundísima para el arte, patriarcal en mucho, en mucho también sujeta casi á principios monacales.

\*\*\*

Un amigo que fué discípulo del gran artista y es hoy pintor de mérito ante quien se abre el porvenir como una aurora de gloria, me ofreció un día presentarme al maestro en su propio taller, donde el pintor se muestra con los rasgos de su verdadera personalidad, en aquel primoroso estudio del Pasaje de la Alhambra, alegre como un nido de pájaros, donde fueron concebidas tantas obras geniales. Presentóse una ocasión propicia y utilicé la promesa del amigo para hacer á Sorolla una visita y curiosar de paso las joyas de su estudio.

Obligado por las conveniencias de la vida, reclamado en Madrid por los discípulos, el maestro acababa de abandonar la soleada casita del Cabañal donde crea durante el verano sus admirables obras, para volver á los «cuarteles de invierno,» tan antipáticos y tan tristes para quien, como Sorolla, tiene puestos sus amores en el cielo luminoso de su tierra y en el regazo caliente de su hogar.

Todos los años, cuando la primavera pasa, dejando sobre la tierra su rastro de flores, el artista genial «enfunda» sus pinceles y paletas para hacer á Valencia la visita anual, una visita que tiene para Sorolla algo de sagrado... Cuando las brisas de otoño desfloran los jardines y anuncian la proximidad del invierno



Comiendo en la barca, cuadro de Joaquín Sorolla. (Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de París)



no, vuelve de nuevo el pintor, dejando en la costa levantina, en el mar azul, en el cielo sin nubes de su tierra y en su soleada casita del Cabañal la mitad de su alma, después de vivir unas cuantas semanas á solas con la naturaleza, sin preocupaciones, sin más testigos que sus hijos, unos niñitos como rosas, vivos como alondras y alegres como los rayos del sol de Valencia copiados en sus cabellos.

De estas excursiones á Valencia trae todos los años Sorolla un puñado de notables obras que mantienen y acrecientan su fama. Las vacaciones de estío no son para el eminente pintor tales vacaciones; para él es desconocida la holganza, el descanso no existe. El autor de *El entierro de Cristo* es un trabajador infatigable y aprovecha los meses de verano para trabajar más que nunca, porque nadie interrumpe sus labores ni le molesta en la casa del Cabañal, ni turban el silencio de su estudio al aire libre más que las risotadas de sus chiquitines y los rumores del mar en el continuo rebullir del flujo y reflujo.

En estos momentos hace el maestro sus preparativos para marchar nuevamente á Valencia en la adorable compañía de su santa mujer, de sus alegres chiquitines y de sus gloriosos pinceles. El peregrino artista emprende otra vez la romería al santuario de sus amores.

\* \* \*

Tiene el artista un carácter original, encantador. Espíritu inquieto, lleno de ligerezas y frivolidades, nervioso, vibrante todo él como el colorido de sus cuadros, habla de todo sin fijarse en nada, con frases sueltas, cortadas, como chispazos que se pierden en el aire. «Está usted en su casa — me decía al hacerle yo mi visita. — Perdóne que no le atienda... Vea usted, vea usted lo que quiera... Yo, mientras, pinto... ¿Qué le parece esto?... Creo que le falta otro toque... ¿Y qué? ¿Se va Silvela? ¿Volverá Sagasta?..»

Y mientras el pintor habla con sus frases cortadas que aturden, recorre cien veces su estudio, andando de frente y de espaldas, mira y remira los cuadros, da dos toques, arregla un papel, aparta un caballete, pone bien un pliegue del traje de la modelo, limpia los pinceles «donde cae,» riñe á un discípulo y hace otra porción de cosas que es imposible enumerar.

Es que Sorolla no tiene fijeza más que para su arte. Para él vive y en él pone toda su alma y todo el fuego de su inteligencia. Apartado de círculos y reuniones, lejos de las camarillas, ajeno á rivalidades, Sorolla apenas sale de su estudio, donde el trabajo le retiene con lazos de hierro. Todos sus amores están allí: en su estudio y en sus discípulos; en su casa y en su familia: eso es todo su mundo. Para celebrar su triunfo de París, amigos y admiradores dieron en su honor un banquete; pues ha costado otro «triunfo» que Sorolla asistiera á la comida.

En la vida íntima Sorolla es un chiquillo por la volubilidad de su carácter, su sencillez y su *bonhomie*. Para los discípulos no es el maestro, sino el amigo cariñoso; más que el amigo, el hermano mayor. Es un alma abierta á todos los sentimientos, sincera, honrada, que muestra sus enojos á las claras, aunque ponga empeño en ocultarlos. Se desbordan sin querer todos sus sentimientos por sus ojos profundos y vivos y se reflejan en todo su rostro, de puro perfil moruno, cuya morena tez apenas sombrea los pelos en dispersión de una barba escasa y rala.

Esta sinceridad del carácter del artista valenciano se refleja fielmente en sus cuadros, que llevan siempre como sello distintivo la nota de la verdad. Sorolla, «pontífice máximo» de la juventud artística es-

pañola, es también entre nuestros pintores contemporáneos el primer apóstol del realismo. Sincero y honrado como ninguno, no acierta á interpretar más que lo que es verdadero y justo. Toma sus cuadros donde se le presentan, sorprendiendo la realidad con mirada sagacísima, estudiándola con devoción de idólatra, copiándola con la rara fidelidad que sólo

y juzgados, aunque no recompensados por nosotros con el honor que merecieron: *Comiendo en la barca* y *Cosiendo la vela*: una maravilla de verdad la una, escena de la vida de la playa que el nervioso pincel de Sorolla ha hecho ver con todo su potente colorido; la otra un alarde de luz que sorprende, que llega á lastimar las pupilas con los vigorosos rayos que se reflejan en el blanco lienzo de las velas. Otras dos nuevas, parto admirable de la última peregrinación al Cabañal: *El baño* y *Triste herencia*.

Representa el primero una escena de la playa con tres figuras de hermosísima factura y de prodigioso color. Una criada acaba de sacar del agua á un lindo chiquillo, admirable como todos los niños de Sorolla; la madre tiende la blanca sábana para secar las carnes sonrosadas del mocoso. La luz y el color que brillan en este lienzo, grandemente elogiado por la prensa de París, son de lo mejor que el vigoroso pincel de Sorolla ha producido. En toda la escena hay un ambiente de paz, de alegría, que encanta y enamora.

De mayor tamaño é importancia es el otro cuadro, *Triste herencia*. Titulábalo antes el artista, con más acierto, á mi juicio, *Los hijos del placer*, nombre que expresaba mejor la honda filosofía que en toda la obra se refleja. Aparte de la riqueza del colorido, de la exactitud del dibujo y de lo magistral de la composición, hay en este cuadro algo que le da gran valor sobre otros de Sorolla, y es el sentimiento que rebosa en él, un effluvio de tristeza que hace pensar y sentir muy hondo.

Son estos pobres «hijos del placer» los albergados de San Juan de Dios, tristes engendros del vicio, abandonados sin pena por las hembras que los parieron y recogidos en su regazo caliente por la caridad, la gran madre de todos los inválidos. En las tardes de verano, las buenas hermanas de San Juan de Dios los llevan á la playa para que el manso Mediterráneo los purifique con las sales de sus aguas, sanándoles de la lepra y de la escrófula que un breve rato de placer les dió por triste herencia. El pintor ha sorprendido este penoso cuadro del baño de los chiquillos, lisiados unos, tullidos otros, raquíuticos todos, y lo ha reproducido admirablemente, dejando entre las pince-

ladas, en el mar y en el cielo, ráfagas del sentimiento que las miserias de los hijos del placer despertaron en su alma de artista.

Los desnudos de los chiquillos están hechos magistralmente. Las cuatro figuras del primer término salen del lienzo con extraordinario vigor. Las líneas del dibujo están trazadas con inimitable valentía y el color de la carne es de carne que vive.

Sin embargo, no son los chiquillos lo mejor ni lo más importante del cuadro; quedan algo oscurecidos por la figura alta y venerable del hermano de San Juan de Dios que los acompaña. La silueta del buen fraile, enjuta, descarnada, con la cabeza coronada de cabellos blancos, está trazada de mano maestra. Desde lejos parece que el fraile avanza sobre las olas, acompañando á los niños enfermos, y se antoja como la encarnación de la caridad, eterna compañera de los desgraciados, que da pan á los hambrientos y levanta á los caídos.

Digno complemento de esta gran obra son el mar y el cielo: un mar que se agita en oleadas robustas, maravilla de color, y un cielo de azul intenso, en el cual parece que flotan vagos reflejos de la melancolía que producen aquellos pobres engendros del vicio, carne leprosa que en el Jordán de la caridad se regenera.

Cada nuevo cuadro de Sorolla es un paso de avance que da el artista en su carrera; cada lienzo que sale de su pincel da un rayo más de gloria á la coro-



PEQUEÑOS CANTORES, dibujo de Pedro Stachiewicz

alcanzan los grandes privilegiados. Sus obras son siempre trozos de vida, jirones de la realidad que palpitan en sus paisajes con todo el vigor de la naturaleza y en sus figuras con todo el fuego de la sangre en circulación.

Para Sorolla el arte no tiene ni puede tener otra filosofía que la de la verdad. No comprende las escuelas, ni se explica las tendencias. El ideal de la pintura no puede ser otro que la reproducción exacta de la realidad, con la luz propia, con el color justo, con sus líneas invariables. Por eso es su gran ídolo Velázquez. Si alguna diferencia puede haber, estriba en la manera de sentir la realidad, de estudiarla, de interpretarla y de reflejarla en el lienzo.

Ceñido el arte á estos alcances que Sorolla le señala, hay que proclamar la supremacía del artista valenciano entre los modernos pintores españoles. Nadie mejor que él siente la verdad, ni la estudia con mayor provecho, ni la interpreta con más justeza, ni la copia con más fidelidad. Sorolla ha logrado vencer todas las dificultades, adivinar todos los secretos de la línea y del color y reproducir la verdad en su forma única. Por eso vibra la vida en sus obras con virilidades que pocos aciertan á reproducir.

\* \* \*

Tal supremacía pregonan los cuadros enviados á París por el insigne pintor. Dos de ellos ya conocidos

na que el trabajo y el talento tejieron al gran colorista con flores de los jardines de Valencia, con espumas del mar de Levante y con rayos de aquel vibrante sol que calienta generosamente el estudio del Cabañal. En la obra de Sorolla no puede señalarse cuál es el lienzo mejor; el mejor es el último...

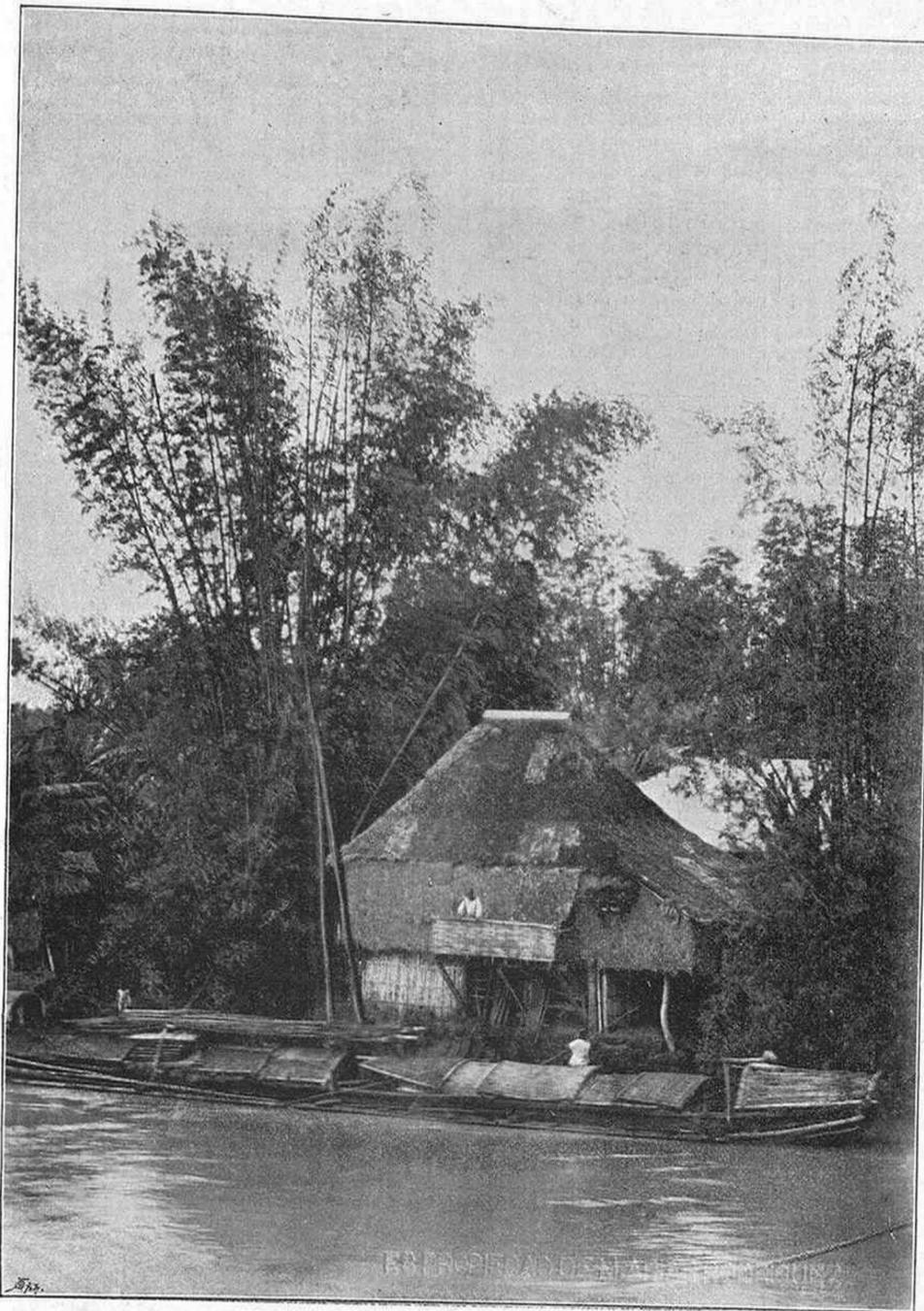
Por eso me parece superior á los otros este hermoso lienzo de *Triste herencia*. Contemplándolo, viendo á los hijos del placer, sintiendo en el alma todo el dolor de aquella punzante ironía, con un grito de admiración para el artista se escapa sin querer una maldición tremenda...

LEÓN ROCH.

ISLAS FILIPINAS

En distintas ocasiones hemos ensalzado como se merecen los trabajos fotográficos de nuestro ilustrado y celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, quien en su labor no se limita á ser operador habilísimo, sino que, á fuer de verdadero artista, siente hondamente lo bello y demuestra el gusto más refinado en la elección de asuntos para sus fotografías.

Díganlo, si no, aparte de otras muchas que llevamos publicadas, las que aparecen en esta página y que reproducen dos preciosos paisajes de los alrededores de Manila. En la primera, *A orillas del río Pasig*, se ve en primer término un *casco*, típica embarcación del país, que se utiliza particularmente en las vías fluviales de las provincias de Manila, Bulacán, Bataán, Pampanga y Cavite, pero que también surca la bahía de Manila cooperando á la carga y descarga de buques. El fondo del paisaje lo forma un espeso bosque de bambúes, ó ponos de caña, como allí se les denomina. La segunda reproduce el sitio en donde el río Mariquina desagua en el Pasig y el punto de parada



ISLAS FILIPINAS. MANILA. - Á ORILLAS DEL RÍO PASIG

de las *bancas* (piraguas) conocido con el nombre de Santa Rosa. Junto á las embarcaciones, una pobre india se dedica á la pesca, cubierta la cabeza con el clásico *sala-cot* que la resguarda de los ardientes rayos del sol. Las *bancas*, amarradas á estacas clavadas en la arena, aguardan á los pasajeros que sólo á la caída de la tarde ó á las primeras horas de la mañana se aventuran á emprender sus excursiones á Manila y pueblos limítrofes, adonde van á vender frutas, aves, etc. Todo el caserío que se ve en la orilla opuesta ha desaparecido á consecuencia de la guerra entre yanquis y filipinos, y aquel lugar tan pintoresco hoy está solitario y convertido en guarida de gente maleante, causando profunda tristeza contemplar los restos de incendio que por doquiera se encuentran.

Como nota curiosa publicamos en la página siguiente un soldado filipino de los que operan en las provincias de la Laguna y Tayabás (isla de Luzón).

En el centro de la plaza Magallanes, de Manila, se levanta el monumento que á la memoria del descubridor de aquel archipiélago se inauguró en 1873. La columna tiene un alma de hierro y á esto se debe que, á pesar de los muchos terremotos que se han sentido en Manila, no se haya caído y presente sólo una pequeña inclinación. En la base del monumento hay cuatro lápidas de mármol con coronas é inscripciones de bronce.

Las otras dos fotografías que reproducimos en la siguiente página merecen que les dediquemos algún mayor espacio por tratarse de una costumbre tan inveterada y tan general entre los hijos del Celeste Imperio, de los que tantos miles hay establecidos en Filipinas.

Los fumaderos públicos de *anfón* (opio) hallanse situados en Manila en gran número en los ba-

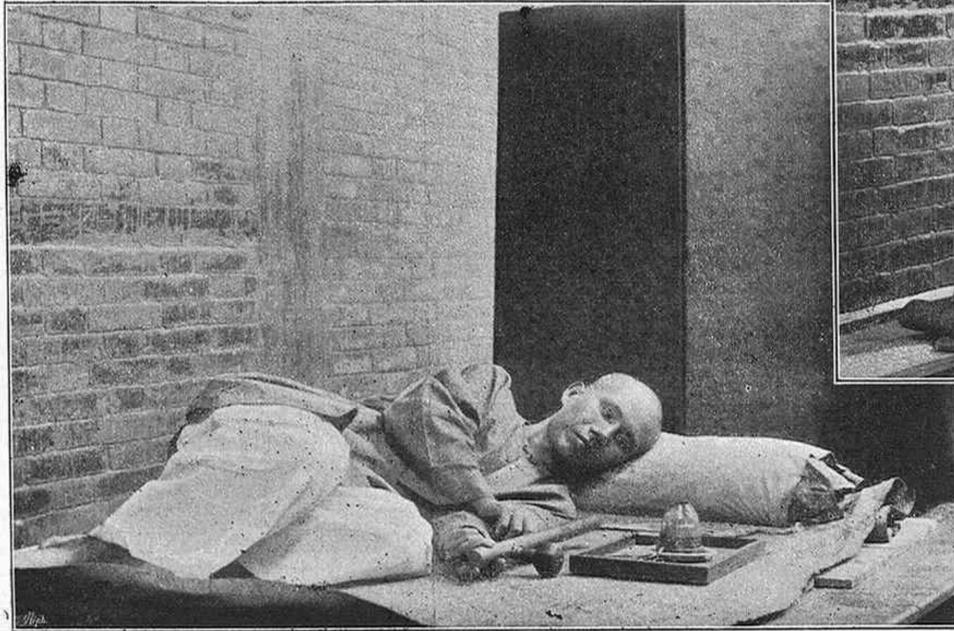


ISLAS FILIPINAS. PROVINCIA DE MANILA. - EL RÍO DENOMINADO DE MARIQUINA AL DESAGUAR EN EL RÍO PASIG. PUNTO DE PARADA DE LAS «BANCAS» (PIRAGUAS) EN EL SITIO LLAMADO SANTA ROSA

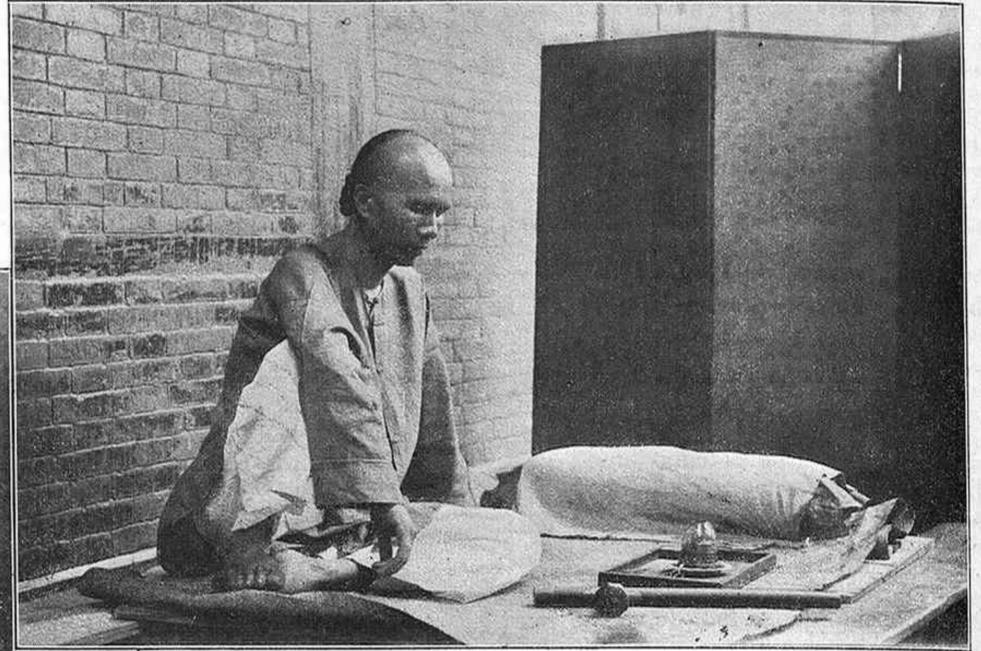
rrios de Binondo, Santa Cruz, Tondo y San Nicolás, y menos profusamente en los demás que constituyen la capital. Para su instalación se buscan con preferencia los sitios más retirados, pero próximos á las calles de gran circulación; generalmente se establecen en la planta baja de los edificios. Cubre su puerta una cortina de lona gruesa de color indefinido por su suciedad, y á la entrada del fumadero se encuentra el despacho en donde el dueño ó el chino encargado expende *al contado* las pequeñas raciones de *anfión* que los dependientes de la casa llevan á los consumidores. A derecha é izquierda del despacho, ó á un solo lado, según sea la capacidad del establecimiento, se ven unas tarimas con una serie de esterillas,

ingresos del Tesoro español en aquellas islas. A su introducción como opio crudo abonaba los derechos arancelarios, y sólo podían importarlo en grandes cantidades los contratistas de los fumaderos, á quienes se arrendaba el servicio por trienios y que beneficiaban el opio cociéndolo en grandes peroles de cobre. Obtenido de este modo el *anfión*, se expendía en un

honrada madre y de elevado funcionario judicial, su conducta mientras éstos vivieron, y después durante su permanencia en la casa de parientes lejanos que de ella cuidaron, había sido ejemplar, irreprochable.



ISLAS FILIPINAS. MANILA. - Chino fumador de *anfión* (opio) preparándose á aspirar el narcótico



ISLAS FILIPINAS. MANILA. - Chino fumador esperando que le sirvan la pipa

almohadas de algodón ó bejuco, una bandejita con una lamparilla de latón alimentada con aceite de coco y tapada con una cubierta de cristal. Al lado de la lamparilla hay unas tijeras para arreglar la torcida y fósforos de madera. La pipa es un tubo parecido á un clarinete, uno de cuyos extremos está abierto, aspirándose por allí el humo del opio; el otro está herméticamente cerrado por una plancha de metal y junto á él se abre una cazoleta de forma aovada con un pequeño agujero en el fondo, que es el receptáculo en donde se coloca el *anfión*.

La manera de aspirar el opio es sencillísima: el fumador se tiende en la tarima (*kang*), con la punta de una aguja como las de hacer media toma una pequeña cantidad de la substancia narcótica y la acerca á la llama de la lamparilla, con lo que se hincha, chisporrotea, se espesa y adquiere la consistencia de la cera virgen, dándole entonces con los dedos la forma de cono. Se calienta el agujero de la cazoleta de la pipa, y antes de que se enfríe se le aplica el pico del cono, y cuando éste se ha esponjado, el fumador lo atraviesa de parte á parte con la aguja, coge la pipa, aproxima la cazoleta á la llama y una vez inflamado el opio aspira fuerte y profundamente su humo. Una pipa se consume en dos ó tres chupadas y ningún fumador se satisface con una sola.

La ventilación de los fumaderos públicos es deficientísima, la luz muy escasa y la suciedad grande, y el aire que allí se respira se puede cortar, siendo, en una palabra, aquellos lugares la quinta esencia de la fetidez y de la inmundicia.

La renta del *anfión* constituyó uno de los mayores

La administración española procuró siempre evitar que los naturales de Filipinas se contagiaran de aquel vicio que tantos estragos produce entre la raza amarilla. - A.

Fotografías de M. Arias y Rodríguez.  
(Prohibida su reproducción)

CORAZÓN DE MADRE

Habíala dotado Dios, con mano pródiga, de los más refinados encantos femeninos. Tiziano habríase quedado absorto ante el cuerpo escultural de Teresa, y juzgando deformes las portentosas mujeres de sus lienzos, borrarlas con mano airada, para sustituirlas con la copia de tan divino modelo.

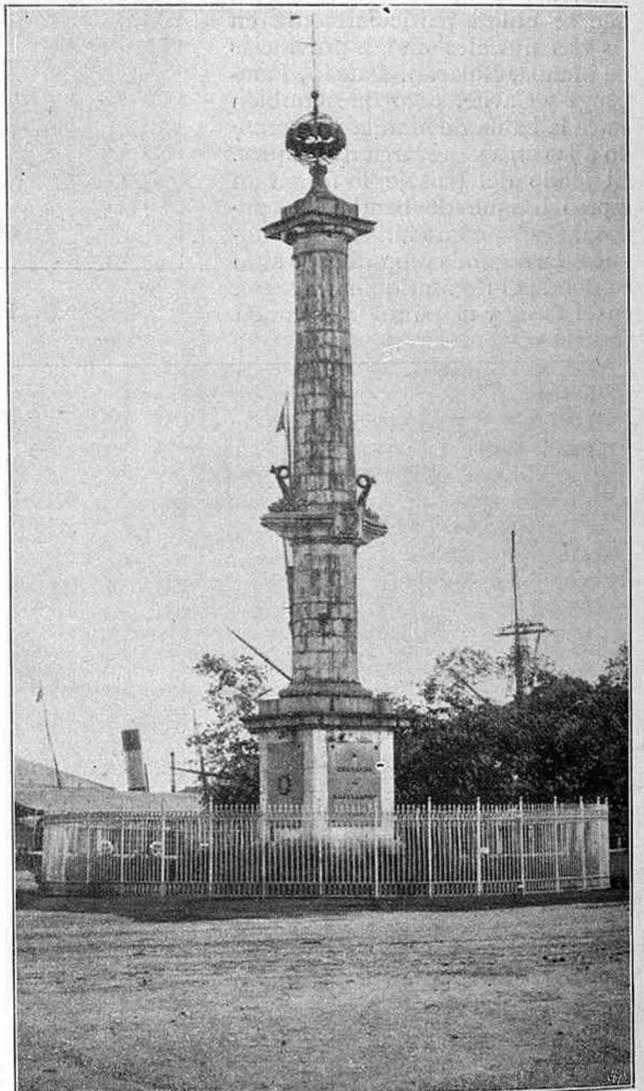
Era su belleza luciferiana, demoníaca, sugestiva, *hipnótica*. Su voz y su mirada subyugaban, atraían, esclavizaban. Verla, era codiciarla y atarse con nudo gordiano á su albedrío.

Sus amplias y negras retinas, veladas por largas y arqueadas pestañas, daban á sus ojos una expresión mezcla de melancolía y de voluptuosidad, que producía extraña y hondísima sensación, haciendo inevitables sus miradas. Su boca, de correctísimo dibujo, si bien de labios un tanto gruesos, sonreía eternamente con expresión indefinible, pues ya parecía burlona, ya severa, ya altiva, ya modesta y siempre como anhelosa de besar y de ser besada. La frente, espaciosa, tersa, de cutis transparente, limpia de todo afeite y de toda coquetería femenina, dábale singular majestad, rayana en altanería. Era Teresa, en suma, una hermosura soberana y una soberana de la hermosura.

¿Correspondía la belleza del alma á la del cuerpo? ¿Se equilibraban ambas? Educada conventualmente, se ejercitaba en prácticas piadosas y su caridad era inagotable. Dulce y benévola en su trato con los inferiores, catequizaba á cuantos la servían; afectuosa y servicial, cautivaba á los de su igual prosapia, y atenta y modesta, sin humillación, era agasajada y querida de los que nacieron más linajudos y poderosos que ella. Huérfana de

Limpio origen, educación cristiana, juventud realzada por peregrina hermosura, conducta contrastada..., ¿qué más podía desear para su único hijo Antonio, la buena, la excelente, la fervorosa doña Gertrudis?

Verdad que éste era un joven, cuya figura, si no apolina, era noble, simpática y vigorosa; en lo mo-



ISLAS FILIPINAS. MANILA. - Monumento en honor de Magallanes que se levanta en el paseo de su nombre

ral poseía un alma plácida y soñadora; de suma bondad, de tiernos afectos y de sensibilidad tan exquisita, que sus colegas en arte llamábanle *sensitiva*, y en lo intelectual, un brillante alumno de la Academia de Bellas Artes, un futuro Velázquez; pero en lo social no pasaba de ser un modesto huérfano que, por todo patrimonio, contaba con la pensión de su madre y con el producto de las copias que de las obras de los grandes maestros pintaba en el Museo Nacional de Madrid.

ISLAS FILIPINAS. - Soldado filipino que forma parte de las fuerzas que operan en las provincias de la Laguna y Tayabas (Isla de Luzón).



No era, pues, Antonio, un presente cierto y codiciable, un buen partido, como vulgarmente se dice. En cambio, Teresa reunía con largueza las prendas más necesarias é inestimables para labrar la dicha de un hombre.

No obstante, la entrañable doña Gertrudis luchó y reluchó desesperadamente para evitar que Teresa fuera la esposa de su hijo; lucha desigual en la que siempre resultaba vencida, porque le faltaban armas y el enemigo no ofrecía flancos vulnerables. En efecto: ¿en qué podía fundar su oposición y la terrible enemiga que sentía hacía una criatura dechado de toda suerte de bellezas, de atractivos y de virtudes?

Caprichos de vieja, celos de madre, terquedad de anciano, semejante á la terquedad de niño — pensaba Antonio, — á los cuales no debía supeditar su apasionado amor, sus ideales más risueños y su porvenir de ventura.

Hijo amante y respetuoso, aparentó acceder á las pretensiones maternas, si bien advirtiendo que no convenía á su dignidad, ni lo consentía su conciencia, provocar un súbito rompimiento por fútiles pretextos. Discretamente, buscaría una ocasión apropiada para desligarse caballerosamente de nobles y espontáneos compromisos adquiridos. Con esta superchería aplacaríase por el momento su madre, y después... el tiempo, las caricias filiales y las bondades de Teresa acabarían por abatir tan obstinada oposición.

¡Estéril empeño! Doña Gertrudis, con sagacidad femenil y clarividencia maternal, leía el engaño en el corazón de su hijo y afligíase más y más, cuanto más intensa era la pasión en que éste se abrasaba; pero escondía en las entrañas de su alma el pesar que le producía á su corazón de madre el siniestro presentimiento de la desventura de su idolatrado Antonio: pesar que minó su existencia y que acabó por llevarla al sepulcro. Aquella infortunada señora no pudo soportar mucho tiempo los dulces, tiernos y filiales besos de su futura hija. ¡Le quemaban la frente y le producían mortales escalofríos!

Lloró Antonio la muerte de su madre, como amante hijo; y sin dejar de serlo, en el atolondramiento é irreflexión de la inexperiencia, esclavo del amor encendido por los hechizos de Teresa, sintió recóndito egoísta bienestar: ya nada ni nadie se opondría á sus designios, se uniría eternamente al ser idolatrado y éste lo haría eternamente dichoso.

\* \*

Vencedor en la cruenta liza; inmolada por él, inconscientemente, la víctima, apresuróse á recoger el botín de la victoria á tanta costa obtenida; y desposado con Teresa, entregóse, una vez gustadas las dulcedumbres de triunfo tan halagüeño, á la ardua tarea de construir un trono de oro para la soberana de su voluntad, á buscar para aquella deslumbradora alhaja de carne y hueso el engarce que soñaba en su desapoderada pasión.

Algunos años después, sentíase el hombre más dichoso de la tierra, y las apariencias de la vida confirmábanle en su juicio. Iluminaba su inteligencia la vívida llama de la inspiración, aplaudida estruendosamente por ambos mundos, absortos ante las creaciones de su genio extraordinario; sus sueños, dormido, eran de gloria, que fortalecían su ánimo, y de absoluto fisiológico reposo, que saturaban de vida su cuerpo juvenil; y despierto, sus sueños de gloria trocábanse en tangibles realidades, que se prolongaban y tenían su apoteosis en el delirio amoroso á que le brindaban, siempre codiciosos, los ebúrneos brazos de su Teresa.

Trabajó con esfuerzo de titán y fué su compañera inseparable la fortuna. En París y en Roma ganó mucha, impercedera gloria, y los laureles de sus coronas no podían fácilmente marchitarse, porque eran de oro. Solicitado por los poderosos, acudía á sus palacios, seguido siempre de la compañera de su vida, y en ellos imperaban, él por sus talentos artísticos,

ella por su hermosura y por la inquebrantable custodia que del honor de su marido ejercía. Su ventura, en fin, vióla colmada en la reproducción de su ser, en un hijo varón, que consideraba el lazo que estrechamente lo unía con la eterna bienaventuranza.

Tan sólo se entenebrecía fugazmente el diáfano y extenso cielo de su contento cuando, en las congojas paternas que le asaltaban, meditando en el porve-

de un criado desconocido. Desapareció éste entre los transeuntes, y una vez instalado Antonio en el carruaje, rompió el sobre, y apenas leyó el breve contenido de la misteriosa misiva, agolpóse la sangre á su cerebro y por algunos instantes quedó sumido en profundo estupor.

Decía así el escrito: «Mi conciencia de amigo leal me exige revelarte el infortunio de que eres víctima.

Teresa, la sublime Teresa, el dechado de belleza y de virtudes, es una mujer indigna de tu amor y de llevar tu apellido, que infama y escarnece. Por inexplicable aberración humana, ama al vulgarote Enrique, tu modelo. Si obras con sagacidad y prontitud, podrás sorprenderlos dentro de breves momentos.»

El vehículo acababa de llegar á la puerta de la pensión; Antonio descendió, dió orden al cochero que esperara allí. Caminó apresuradamente hacia su casa; una vez en sus cercanías atisbó con discreción para no ser visto, y aprovechando la circunstancia de estar abierta la puerta del servicio doméstico y no haber criado alguno en el jardín, entró en el hotel, deslizándose en su interior con pasos y actitud que lo semejaban al leopardo preparándose á caer sobre su presa.

Al llegar á la puerta del estudio oyó leve rumor de vivo diálogo en voz muy baja; con profundo desaliento acercóse á la amplia cortina de terciopelo que la cubría, la cual descorrió sigilosamente, y avizoró, sondeó con ávida mirada el interior del taller. Nadie había en él. Los débiles ecos de voz que percibía partían de detrás de alto biombo japonés situado frente á la puerta que comunicaba con una extensa terraza.

Escuchó con ansiedad suprema, con infinito anhelo; reconoció primero la voz de Enrique, del modelo á que aludía el anónimo, y después la de su Teresa, seguida de un sonoro y ardiente beso, que le produjo en los oídos un tremendo zumbido, tan intenso, tan espantoso, que ensordeciendo súbitamente, no pudo oír más — ¿y qué más habría querido oír el infortunado Antonio? — Aquel beso era el

sello que refrendaba su deshonra y su eterna desventura.

Quiso lanzar un grito de maldición y de feroz venganza, y la ira y la congoja ahogaron la voz en su garganta; avanzó rápida y sigilosamente hacia el lugar donde se inmolaba su dicha y su honor; apartó impetuoso el rico y artístico biombo que se abatió con estrépito, y al reflejarse en su retina con implacable plasticidad la nefanda escena de amores, adelantó hacia los culpables con las manos crispadas, sintió dolorosísima punzada en los ojos, nublósele la vista y cayó al suelo presa de horrible convulsión epiléptica.

\* \*

Permaneció muchos días Antonio sufriendo intensa fiebre; y al hacer crisis la enfermedad, fué para sumirlo en las tenebrosidades de la demencia.

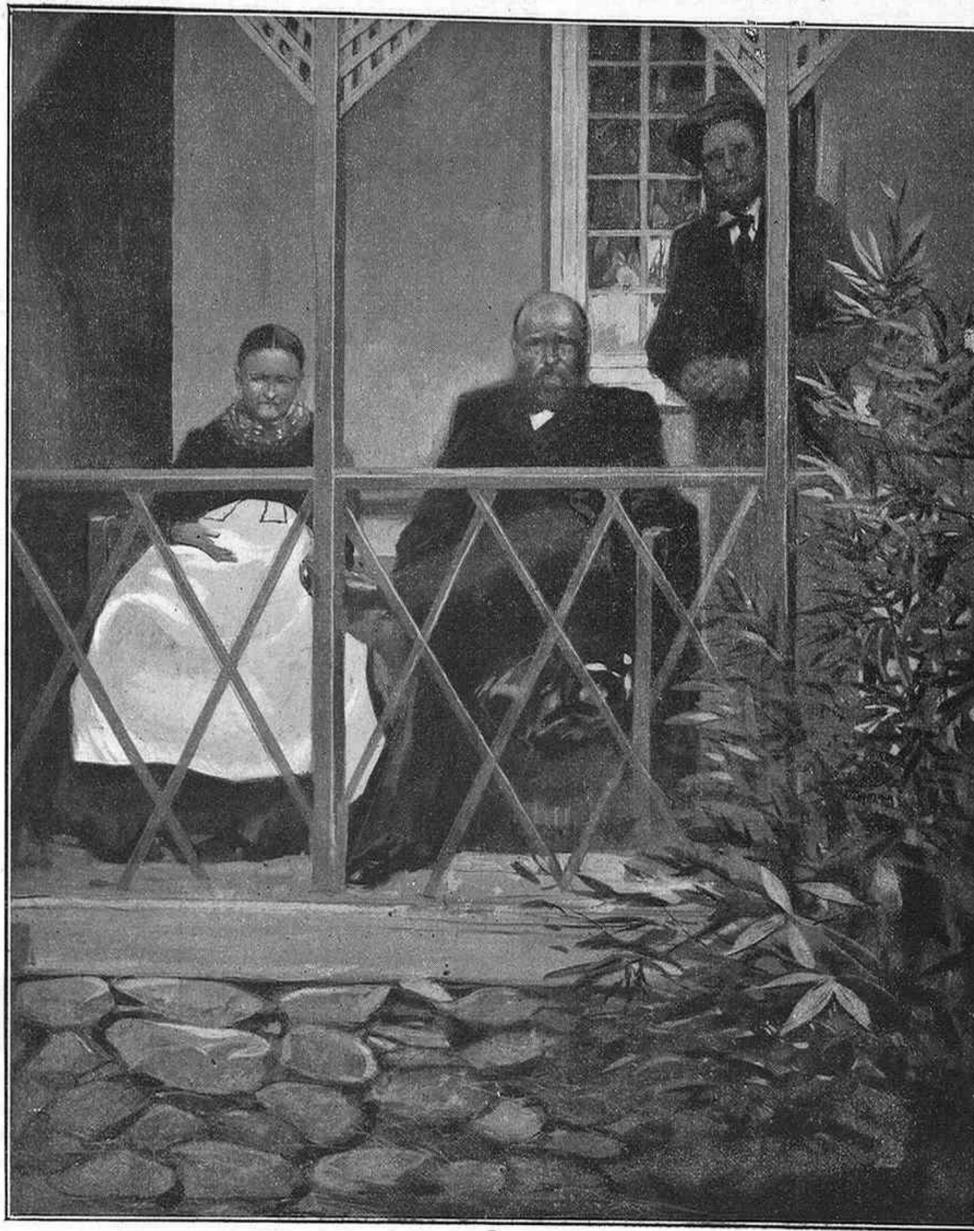
En los años que permaneció recluido en un manicomio, sólo pronunció esta frase que repetía incesantemente: «¡Corazón de madre!»

RAFAEL CHICHÓN.

GUERRA ANGLO-BOER

Siguen careciendo de interés las pocas noticias que de la guerra en el Africa austral se reciben, pues de una parte los sucesos que allí se desarrollan van perdiendo su importancia, y de otra, las agencias informadoras y los principales periódicos de Europa consagran preferentemente su atención al conflicto chino y relegan muy á segundo término cuanto se refiere á los boers.

Las tropas del general Roberts han conseguido restablecer las comunicaciones telegráficas y ferroviarias entre Pretoria y la ciudad del Cabo, han ocupado Krugersdorp, plaza situada al Suroeste de Preto-



GUERRA ANGLO-BOER. — El general Cronje y su esposa en Santa Elena

nir de su hijo, pudo apreciar los sobresaltos padecidos por su bendita madre. Entonces latía su corazón en atropellados sístoles y diástoles que aturdíán con sus recios golpes todo su ser. La imagen de doña Gertrudis, radiante de bondad, aparecíasele á su febril imaginación inundándole en una mirada de infinito amor maternal; pero siempre rechazando, severa, la figura de Teresa.

Pasada la crisis y embriagado en la contemplación de su arrogante esposa — su inseparable compañera en el espléndido estudio de pintor situado en el último piso del confortable y elegante hotel que le servía de morada; — examinada atentamente su ejemplar conducta; arrobado por las exquisiteces de alma de aquella mujer que, en su apasionado amor por el laureado artista, hacíale gratas todas las horas de su existencia, ora tañendo el arpa, ora tocando el piano, ya leyendo en voz alta y con supremo arte y sentimiento las obras maestras de los dioses mayores de la poesía humana, ya buscando en revistas y periódicos cuantas noticias pudieran ser útiles al conocimiento de su marido, en tanto que éste trabajaba en el artístico taller; desvanecidas aquellas estivales nubes que empañaban pasajeramente su plácida existencia, murmuraba sus frases de antaño: «Caprichos de vieja, celos de madre, terquedad de anciano, semejante á la terquedad de niño,» y la calma restablecíase en su agitado espíritu.

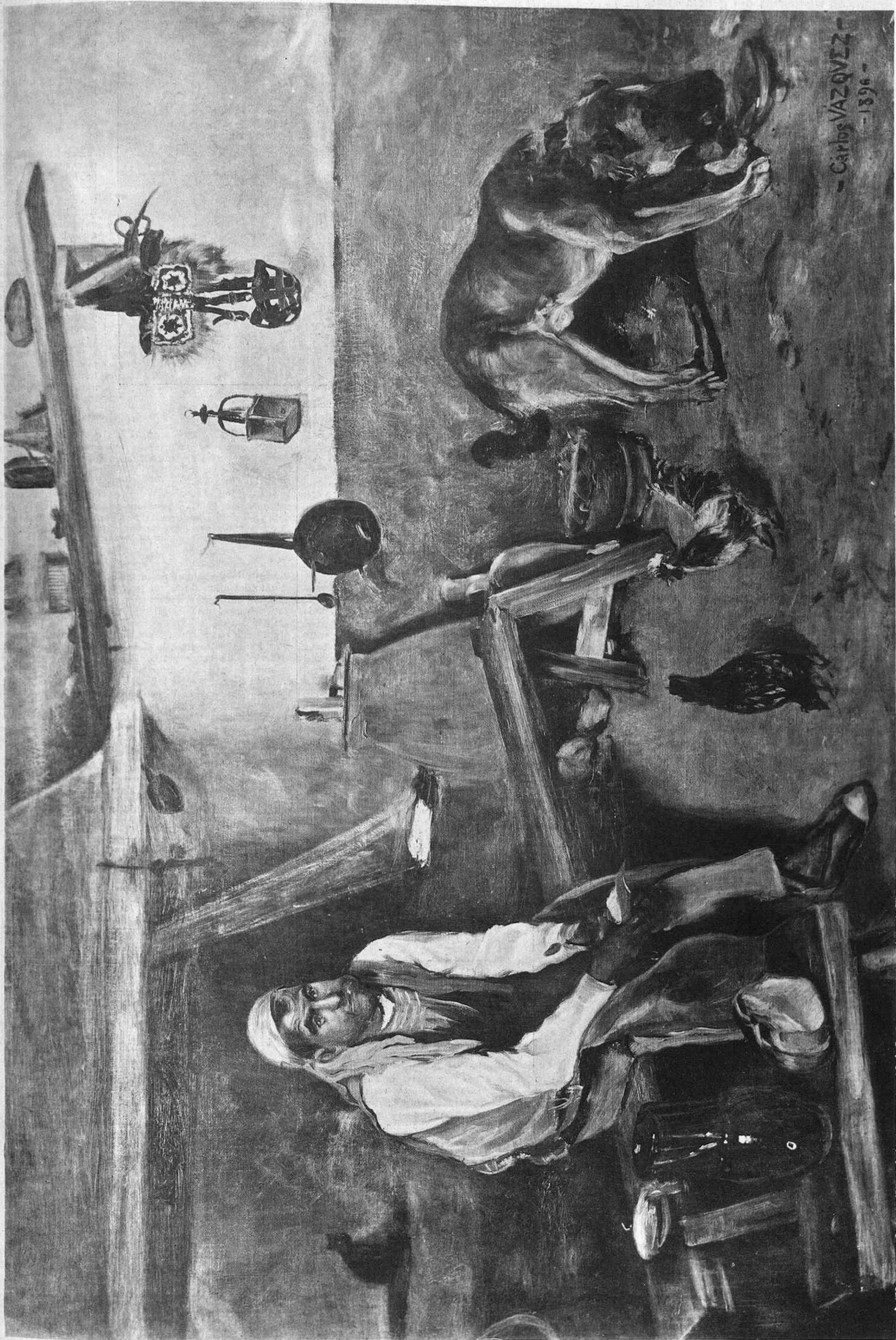
\* \*

Una desapacible mañana de otoño salió el dichoso artista de su palacio de amores con objeto de recoger á su hijo de la pensión donde se educaba, para que pasara el día en la dulce compañía de sus padres. Teresa, pretextando sufrir aguda neuralgia cerebral, no acompañó á su marido, y cuando éste daba la orden al cochero, recibió un pliego cerrado de manos





UN HÁBIL NARRADOR, cuadro de Dionisio Baixeras (*Exposición Robira, calle de Escudillers*)



EN EL HOGAR, cuadro de Carlos Vázquez



ria, y Heidelberg, al Sur de Johannesburgo, y á su vez el ejército de Buller ha llegado á Sanderston, en donde se ha unido con las fuerzas del generalísimo.

En la colonia del Cabo y al N. del río Orange ha terminado, según parece, la rebelión, habiendo recibido el general Warren la sumisión del comando de Devilliers, que comprendía 220 hombres, 280 caballos, 18 carros, 260 fusiles y más de 100.000 cartuchos, y habiendo el comandante Devilliers huído al Norte con un pequeño destacamento.

En cambio en el Estado de Orange los boers han destruído 50 millas de ferrocarril, han capturado cerca del río Rhenoster dos convoyes, haciendo prisioneros á 300 obreros y 200 soldados, y entre Winburg y Senekal han derrotado á una columna inglesa, causándole numerosas pérdidas.

A pesar del aspecto favorable que para los ingleses presenta la campaña y á pesar de que nadie pone ya en duda el triunfo definitivo de éstos, son muchos los que temen que aquélla se prolongue por más tiempo del que se creía. La guerra de guerrillas que van á hacer los boers puede retrasar el restablecimiento de la paz, y por otra parte, tal vez la cuestión de China influya doblemente en la guerra del Africa, primero obligando á Inglaterra á distraer parte de las fuerzas que allí tiene, y segundo animando á los boers á continuar vigorosamente la lucha por considerar esta nueva complicación como favor providencial.

Para prevenir en lo posible los males que á las tropas ha de ocasionar la guerra de guerrillas, las autoridades inglesas han notificado oficialmente á los boers que toda nueva destrucción de las comunica-

NUESTROS GRABADOS

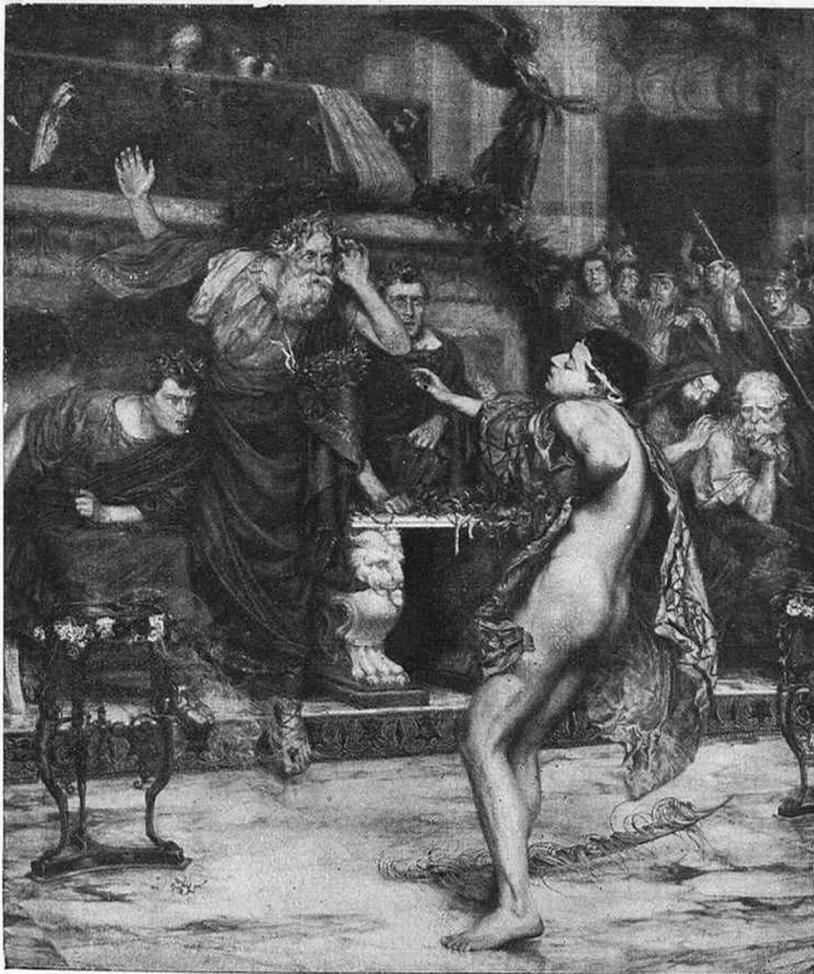
Recogiendo algas, cuadro de Andrés Dauchez. - La recolección de algas, que se utilizan como abono para las



RECOGIENDO ALGAS, cuadro de Andrés Dauchez

tierras, constituye una industria muy productiva en ciertas costas, como en las de Normandía y Bretaña, y se practica arrancando con rastrillos cortantes aquellas plantas marinas que crecen en las rocas situadas á flor de agua ó á escasa profundidad. El distinguido pintor Dauchez, que forma parte de la «Nueva Sociedad de Pintores y Escultores» establecida en París, ha reproducido en su cuadro el pintoresco espectáculo que esa recolección ofrece, presentándonos un trozo de playa de hermosa perspectiva, llena de vida y de animación, y trazando una bellísima página inspirada en la naturaleza misma, expresión fiel de una realidad perfectamente observada y trasladada al lienzo en rasgos vigorosos que descubren la mano de un artista experto.

El mensajero de Maratón, cuadro de F. M. Bennet. - Descenso Darío I de Persia



EL MENSAJERO DE MARATÓN, cuadro de F. M. Bennet

ciones tendrá como consecuencia la destrucción de las granjas vecinas en un radio de cinco millas.

El famoso aventurero Dr. Jameson presenta su candidatura para individuo del Parlamento del Cabo, habiendo pronunciado con este motivo un discurso en que se ha vanagloriado de la indigna empresa por él llevada á cabo en 1895, diciendo que intentó aquel golpe de mano para ver si conseguía libertar á los uitlanders del yugo de los boers, que desde 1884 se venían armando contra los extranjeros establecidos en ambas repúblicas. - A.

Coquetería, cuadro de Francisco Masriera (Salón Robira). - Varias veces hemos dedicado al excelente artista Sr. Masriera testimonio inequívoco de la consideración que nos merece y aplaudido en sus obras su prodigiosa habilidad y exquisito gusto. De ahí que hoy sólo podamos referirnos á los juicios ya conocidos y celebrar una vez más sus primores de ejecución y esa admirable gama que amasa en su paleta, que crea bellezas y depura tonalidades y líneas que embelesan y cautivan, á cuales circunstancias debe en gran parte la merecida fama de que goza.

Un hábil narrador, cuadro de Dionisio Baixeras (Exposición Robira). - La vida artística de Baixeras data casi desde su infancia, pues no había aún cumplido los diecisiete años y su nombre ocupaba ya uno de los primeros puestos entre la pléyade de pintores que honran á Cataluña. La firma de Baixeras en el mercado del arte, y permítansenos la frase, es de aquellas que se cotizan á buen precio y son buscadas con afán por los inteligentes. Cultiva con provecho todos los géneros, sobresaliendo, sin embargo, en la pintura de costumbres marítimas, en la que pocos rivalizan con él y en la que tal vez ninguno le iguala en la verdad y expresión de los tipos. La reproducción de su cuadro *Un hábil narrador*, que figura en este número, certifica lo que dejamos expuesto, ya que en él se manifiesta admirablemente la naturalidad del que relata y se expresa de modo magistral el gran interés que en los oyentes despierta la narración de la vida del anciano marino.

En el hogar, cuadro de Carlos Vázquez. - Si durante su larga permanencia en París dedicóse á interpretar cuanto vivía y se agitaba en su alrededor, hoy ocúpase con laudable empeño en recordar todo lo que en nuestra patria ofrece al artista observador ancho campo al estudio. Trasunto de su reciente viaje á la comarca manchega es el hermoso interior que publicamos en estas páginas, cuadro reproducido con notable exactitud y que da á conocer las envidiables cualidades que atesora el laureado artista.

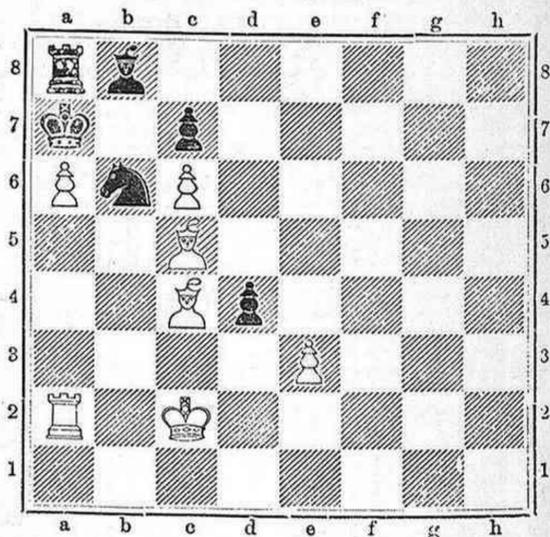
En la parada, cuadro de Félix Mestres (Salón París). - En la diversidad de géneros y asuntos que este laborioso artista ha cultivado, merece especialísima mención aquel en que reproduce cuadros y escenas de costumbres, tipos y composiciones que retratan con notoria exactitud el modo de ser de nuestra ciudad. A este grupo de producciones pertenece la que hoy publicamos, que retrata fielmente una parada de coches de alquiler, llamando la atención como concienzudo estudio el tipo y actitud del auriga, el caballo y todos los demás pormenores que figuran en el lienzo.

Pequeños cantores, dibujo de Pedro Stachiewicz. - La obra de este maestro aparece entre dos períodos capitales y perfectamente distintos del arte polaco, representados el primero por Matejko y Grottger, pintores apóstoles de ideas reivindicadoras de una patria perdida, y el segundo por jóvenes como Mehoffer, Wyspianski y otros que, acostumbrados á la emigración, han renunciado á los ideales que sus padres defendieron, y han aprendido en París y en Munich un arte que lleva impreso un sello de internacionalidad. Stachiewicz se aparta lo mismo de la pintura tendenciosamente patriótica de los unos que de los refinamientos artísticos de los otros; es esencialmente polaco, ama con entusiasmo á su patria y sus trabajos tienen todo el carácter de la tradición nacional, todo el sentimiento del alma de aquel pueblo. Pinta á los aldeanos de su país, no entregados á sus rudas faenas, sino rindiendo culto á antiguos usos, ora encendiendo en sus campos milagrosos cirios, ora ceñidas sus cabezas con rústicas coronas para celebrar la fiesta de la recolección. Nada se ve en sus cuadros y dibujos que recuerde la esclavitud, la desesperación del pueblo eslavo; en todos ellos hay algo que consuela, algo que refleja la bondad, la humilde belleza de aquellas gentes y de aquellas costumbres. Su obra capital son las leyendas de María, hermosos lienzos en que se glorifica á la Virgen, presentándola como diosa de la primavera, como reina de Mayo; en ellos ha reunido todas las leyendas en que el pueblo canta los favores de la Divina Madre. Los dibujos de Stachiewicz son modelo de vigor, de sinceridad; son expresión fiel del natural, embellecida por el espíritu poético que alienta en el corazón de todo verdadero artista.

Numerosos imitadores tratan de establecer una confusión entre sus productos y la verdadera CREMA SIMÓN; exíjase el nombre del inventor.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 199, POR «BULL DOZERS.»  
NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (7 piezas)  
Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 198, POR R. BRAUNE.

- |                    |                 |
|--------------------|-----------------|
| Blancas.           | Negras.         |
| 1. T b6-b2         | 1. P ó A toma T |
| 2. A f6-d8 ó h4    | 2. Cualquiera.  |
| 3. A b6 ó f2 mate! |                 |

VARIANTE

1..... Otra jugada; 2. C b1-a3; 3. Ca3-c4 mate.

# LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

— ¡Señora!, dijo Elena implorando á la madre. ¡Por piedad, interceda usted por mí! ¡Si usted supiese..., si pudiese saber por qué no hablo!..

— ¡Jorge, no he sido yo!.. Pero ante aquel supremo insulto, se asustó mucho más.

La expresión de Jorge era tan terrible, que la condesa se estremeció. Conocía el carácter de su hijo, sus arrebatos de



¡Ah, dichoso el hombre que tenga la honra de emparentar con usted y ser el esposo de Ceferina!

Y temiendo haber dicho demasiado, continuó:  
— ¡No, no..., no haga usted caso de lo que digo; tengo la cabeza trastornada!.. Pero haga usted que me crea... ¡Usted que fué bastante buena, bastante misericordiosa para dármele por esposo, devuélvamele usted!

— ¡Ah, no hable usted de semejante cosa!, exclamó Jorge amenazándola. Mi madre veía lejos..., ya presumía entonces su crimen de hoy.

— ¡Fué, en efecto, un matrimonio maldito!, dijo sordamente la condesa. ¡De tal madre, tal hija!

A esta herida suprema, Elena se levantó de pronto.  
— ¡Ah, esto es ya demasiado! Mientras se trató de mí sola, bajé la cabeza; ni la misma muerte me hubiera hecho retroceder. Pero acaba usted de insultar á mi madre, señora de Kerlor. Dios me perdonará si hiero á una madre para defenderme. La culpable, la infame, la mujer á quien se aplican las injurias que me han arrojado ustedes al rostro, es su hermana de usted, caballero; es su hija, señora.

— ¡Carmen!  
— ¡Carmen! ¿Es á Carmen á quien acusa usted? Porque está lejos, porque no puede disculparse; ¡pero no lo necesita la pobre! ¡Ah, es usted aún más vil de lo que yo creía! ¡Y su acusación es tan necia como cobarde! ¡Carmen no se llama Elena de Kerlor, como la mujer á quien va dirigida esta carta! ¡Carmen no ha desertado furtivamente y de noche del domicilio y del lecho conyugal! ¡Carmen, en fin, no tiene ningún hijo, y en esa carta se habla del de usted!

— ¡Sí, sí! Carmen tiene un hijo.  
— ¡Calla, desdichada, calla; si no, voy á matarte!, gritó Jorge cogiendo un enorme candelabro de bronce que blandió sobre su cabeza, dispuesto á romperle el cráneo.

La condesa se interpuso.  
Elena retrocedió.  
Temblaba de susto.  
Aquel hombre estaba loco.  
Contenido por su madre, ciego de cólera, ahogado por la sangre que le subía á la garganta, amenazando á su mujer con el puño, le lanzó como un puñado de lodo esta horrible injuria:

— ¡Pérdida!..  
Elena le miraba sin comprender, con la locura en los ojos, llorando como una niña y repitiendo tontamente:

Echó á correr por el cuarto, tropezando con los muebles; abrió luego la puerta y huyó como perseguida por un fantasma; subió de dos en dos los escalones, se precipitó en su cuarto, echó el cerrojo y cayó sin fuerzas al pie de la cama, balbuceando aún aco-sada por aquella idea fija:

— ¡Jorge!.. ¡Jorge!.. ¡No he sido yo!.. ¡No he sido yo!..

## VI

### LA VENGANZA

Habían transcurrido unas cuantas horas desde la trágica escena que acabamos de referir.

Todo dormía ó parecía dormir en aquella casa, de tan risueño aspecto, que inspiraba ideas de felicidad á los transeúntes.

Sin embargo, si éstos hubiesen podido ver lo que pasaba detrás de los balcones herméticamente cerrados y detrás de los espesos cortinajes, hubieran quedado sorprendidos en presencia del espectáculo que hubiesen presenciado.

Una mujer postrada, con el pecho agitado por los sollozos.

Una madre arrodillada en su reclinatorio, con los ojos caldeados por las lágrimas, hundidos por el dolor.

Un hombre con la cabeza entre las manos, calenturiento, seca la garganta, quemados los párpados, desgarrado el pecho por sus uñas, abismado en sus reflexiones.

Por fin la madre se acercó al hijo.  
— ¿Qué vas á hacer?, le preguntó.  
Jorge levantó la cabeza.

Un rayo de cólera salvaje brilló en sus ojos.  
— ¡Vengarme!, contestó. ¡Vengarme terriblemente!  
— ¿En quién? No conoces al culpable. Y ella no te dirá nunca su nombre. Su carta no lleva firma.

— Es verdad.  
— ¿Entonces?  
— Razón de más para vengarme en ella y en el bastardo que, como su madre, me robó mi ternura, mi amor, mis besos...

— Piensa que se trata de una mujer y de un niño.  
— ¡Sí! ¡La mujer del otro! ¡El hijo del otro!..

cólera, el terrible despertar de la sangre ardiente que dormía en sus venas.

El combatirlo no hubiera servido más que para exasperarlo y enloquecerlo más.

Bajó la cabeza y calló.  
— Madre, dijo él en un tono que no admitía réplica, le ruego que mañana se disponga á salir temprano de esta casa. No quiero que permanezca usted un día más bajo este techo deshonorado.

— Está bien, contestó la anciana.  
Hizo ademán de retirarse.  
Jorge levantó otra vez la cabeza.  
Sus miradas se cruzaron.

Y obedeciendo á un impulso instintivo y á una violenta necesidad del corazón, cayeron sollozando uno en brazos de otro.

Fué el único instante de debilidad de Jorge.  
Después de haberse retirado su madre, sus ojos se secaron de pronto y su rostro volvió á adquirir la expresión de salvaje encono.

Pasó del salón á su despacho, grande y sombrío. Sentóse en el sillón de un escritorio, y á la luz del quinqué empezó de nuevo á reflexionar.

De vez en cuando se escapaba de sus labios un gemido de dolor y desesperación.

Pesadillas siniestras, sueños sangrientos, espantosas visiones de venganza, combinaciones múltiples de refinados castigos, todo esto se agitaba como un torbellino en su espíritu, manteniéndole en un incesante estado de delirio.

¿Matarlos á los dos?  
¿Para qué?  
Dormirían...

Mientras que él, desesperado; él, la víctima, sufriría solo sus noches de insomnio y sus días sin sosiego.  
¿Arrojar de la casa á la mujer y al niño?  
¿Ella iría á juntarse con su amante!

¡Ambos se reirían de él! Bendecirían su cólera, que los había unido.

¿Perdonar... olvidar..., como la religión lo ordena?  
¿Qué locura!

Sus dientes rechinaban de rabia. Y lágrimas de furor rodaban por sus mejillas bronceadas.  
¡No, no! ¡Una venganza!.. ¡Una venganza feroz, nunca vista!

¡Cosa extraña!, su furor se cebaba sobre todo en el niño.



Le odiaba ahora con igual fuerza que lo había amado.

Se le subía la sangre á la cabeza, zumbándole en los oídos.

Y tuvo que reprimirse, hundiéndose las uñas en la carne, para no correr al cuarto en que el bastardo dormía y estrangularlo ó estrellarle la cabeza contra la pared.

Luchas espantosas, tormentos de condenado.

En tanto transcurrían las horas, que sonaban lúgubramente en aquella casa silenciosa.

De pronto, Jorge se levantó, abrió una caja de hierro que había en un rincón del despacho, sacó de ella un legajo de papeles y se puso á hojearlos.

Dió con un pliego cerrado y lacrado, en cuyo sobre se leían estas palabras:

«Mi testamento.»

Rompió el sobre, quemó á la llama de la vela el papel que contenía, cogió una pluma y empezó á escribir.

De vez en cuando se detenía como para reflexionar, y gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos.

Pero se las secaba nerviosamente con el dedo, y su rostro volvía á adquirir su aparente tranquilidad.

De pronto levantó la cabeza.

Su mirada, atenta como su oído, parecía escuchar también.

No cabía duda: se oía algo inesperado, extraño.

Un ligero ruido, apenas perceptible, pero regular y continuo.

Un parisiense probablemente no se hubiese fijado en él, atribuyéndolo á alguna cosa exterior.

Mas no podía escapar al oído sutil de Jorge, acostumbrado á distinguir en los bosques de Colombia el deslizamiento de los reptiles en la hierba, el crujir de las hojas al paso de una fiera ó el pisar muy quedo del ladrón de caballos.

¿Qué ruido podía ser aquél?

Los cuartos de Elena y de Fanfán estaban en los pisos altos.

El ruido no venía de arriba.

La servidumbre, á excepción de Teresa, dormía en los pabellones, encima de las cuerdas.

El ruido se oía en la planta baja del hotel, en el comedor inmediato al salón.

Parecía que cortaban un cristal con un diamante.

— ¡Son ladrones!, pensó Jorge.

Iba á precipitarse á la puerta de su despacho.

Pero de pronto se detuvo.

Quedóse pensativo durante un minuto escaso, mientras cogía un revólver americano que había puesto sobre la chimenea.

Aseguróse de que los seis tiros estaban cargados.

Bruscamente apagó el quinqué.

Las persianas del despacho estaban herméticamente cerradas. Espesos cortinajes, corridos, cubrían por completo la ventana.

Desde fuera no podía verse si había luz dentro.

Jorge se puso en acecho, escondido detrás de una cortina.

Entonces oyó perfectamente el roce del diamante sobre el cristal; luego un golpe seco.

Sin duda el ladrón acababa de romper el cristal limado.

Por los diferentes ruidos, apenas perceptibles, Jorge adivinaba toda la maniobra del escaló.

El ladrón pasó el brazo por la abertura practicada, y poco á poco daba vuelta al cerrojo de la ventana.

Una vez abierta, la escaló.

Indudablemente iba descalzo, pues andaba sin hacer más ruido que el que hace un reptil al deslizarse por la hierba.

Iba á tientas por entre los muebles del comedor.

Debía conocer la casa y saber dónde estaban colocadas todas las cosas.

Sin tropezar con nada, llegó á la puerta del salón.

Entró. Dió la vuelta á la mesa del centro y avanzó en derechura hasta el despacho en que Jorge se hallaba oculto.

Sabía adonde iba.

Indudablemente era un ladrón experto.

Kerlor oía todos los pasos del hombre; puede decirse que seguía su pista.

Por fin, oía su respiración anhelosa.

El ladrón se detuvo un instante detrás del portier y recobró aliento.

Encendió un fósforo y lo apagó en el acto.

Fué un relámpago. El tiempo indispensable para orientarse.

Lo que había visto pareció tranquilizarle.

Sacó de debajo de la blusa un berbiquí para talar metales y una botellita de aceite.

Se arrodilló delante del arca de hierro, é impasible, como si se hubiese encontrado en una cerrajería, empezó á operar con el berbiquí.

Este hacía un pequeño ruido sordo, atenuado por

el aceite que el ladrón ponía de vez en cuando con una pluma.

En pocos minutos practicó en la puerta del arca cuatro agujeros que formaban un cuadrilátero.

Luego sacó de su faltriquera una sierra pequeñísima de acero de superior calidad.

Ya no se trataba más que de unir por cuatro líneas los cuatro ángulos del cuadrilátero.

Operación breve.

La sierra mordía el hierro con asombrosa facilidad, como si el arca hubiese sido de madera.

El hombre seguía poniendo aceite, para que todo anduviese con suavidad.

¡Cra! ¡Ya estaba!

Como antes con el cristal de la ventana, acababa de cortar en cuadro un trozo de la puerta del arca de hierro.

Por el boquete abierto podía pasar fácilmente el brazo.

El ladrón, satisfecho de ver que el ventanillo coincidía con el estante del oro y los billetes de banco, se sonrió.

Metió la mano por el agujero y cogió á ciegas un puñado de rollos y billetes.

Pero al ir á sacarlo, dió un grito que no pudo terminar.

Una mano vigorosa le había cogido por el cuello y le estrangulaba.

Procuró desprenderse; pero, en un segundo, se sintió agarrotado por un hombre, que le rompía los huesos y le cortaba la respiración.

Al mismo tiempo sentía sobre la sien el frío de la pequeña circunferencia que forma el cañón de un revólver.

— Si das un solo grito, un solo gemido, mueres en el acto, le dijo una voz.

— Éste se burla, pensó el ladrón; me está estrangulando y me dice que me calle.

Quedóse inmóvil, y como su vencedor, que reflexionaba sin duda, tampoco se movía, el ladrón siguió pensando:

«¡Me he dejado coger! De esta vuelvo á pescar cinco años de presidio. ¡Y pude yo creer en palabras de criados!.. Pero es de cobardes atacar con un revólver á un hombre desarmado... ¡Uf, me ahogo!»

Pero no hizo el menor movimiento. Comprendía que el que le tenía sujeto no vacilaría en apretar el gatillo de su arma al menor asomo de resistencia.

Con la espantosa sangre fría y admirable lucidez que conservan los criminales empedernidos en las circunstancias más trágicas, el miserable, acorralado como una fiera, pensaba en las probabilidades de salvarse.

«Este no quiere matarme, se decía; ya lo hubiera hecho. ¿Por qué, entonces, no llama para que me cojan?»

De pronto, los dedos que le apretaban el gáznate se aflojaron; pero el revólver no se apartaba de su sien.

— No quiero matarte, canalla, le dijo la voz de su vencedor; pero quiero examinar tu innoble faz... Escúchame bien. Voy á soltarte un brazo; el otro se quedará en la caja. A pesar de la obscuridad, no se me escapa ninguno de tus movimientos. Dame, desde luego, las armas que llevas.

— ¡Armas!.. Usted se guasea... Cuando voy de visita, hasta el *mondadientes* me dejo en casa. De esta manera, si me echan la zarpa, no hay agravantes, y á lo sumo me endilgan cinco añitos de escuela profesional. Me sé el código de memoria.

— Después de todo, poco me importa que lleves armas; ya ves que soy más fuerte que tú, y estoy bien armado. Si tratas de sacar tu brazo, te mato como á un perro.

El ladrón siguió inmóvil... La opresión que le paralizaba cesó.

Sin desviar de él su arma, Jorge retrocedió hasta la chimenea, donde encendió un fósforo y con él las bujías de un candelabro.

El individuo no se había movido.

Su brazo derecho seguía metido en la caja de hierro, como cogido en una trampa.

Pero al ver á Jorge, abrió la boca para dar un grito.

— ¡Si te mueves, eres hombre muerto!, dijo Kerlor.

El hombre ahogó en su pecho la palabra que iba á pronunciar.

Jorge le miraba con fijeza.

Examinaba aquella figura repugnante, su rostro escuálido, sus largas patillas rojas, su nariz de ave de rapiña, su frente deprimida, sus ojos traidores.

Le parecía reconocer aquellas facciones.

De pronto recordó haberlas visto en otra parte, tiempo atrás, también de noche á la pálida luz de la luna.

Era el mismo hombre á quien había visto despojar los cadáveres á orillas del mar, cerca de Penhoet...

El asesino contra quien disparó su revólver y que huyó á la detonación.

El hombre también se acordaba.

Estaba lívido de terror.

Jorge seguía apuntándole el arma.

¿Por qué no había de acabar inmediatamente con aquel bandido?

Iba á hacer fuego.

De pronto bajó el brazo.

Á su vez se puso horriblemente lívido.

Una idea espantosa acababa de cruzar por su mente.

— ¿Cómo te llamas?, preguntó bruscamente al hombre.

— *Caracol*, contestó con descaro el truhán, que notó la emoción singular que se había apoderado en su agresor.

— ¿Cómo?

— Eusebio Petard, alias *Caracol*.

— ¿Sin profesión?

— Usted dispense... Soy cuchillero, pero sin trabajo.

— ¿Y te dedicas al robo?

— Hay que vivir, cuando se es padre de familia.

— ¡Ah! ¿Tienes hijos?

— Un retoño y la parienta.

— ¿Qué hace tu mujer?

— Tiene una profesión honrada... Es sonámbula extralúcida.

— ¿Y el niño?

— No es hijo mío, es sobrino. Claudinet es hijo de nuestra difunta hermana. De poco nos sirve, porque está siempre enfermo. Es nuestra desesperación. Va á ser la deshonra de mis canas.

— ¿Qué edad tiene?

— Siete años.

En aquel momento, Jorge, sin soltar el revólver que tenía en la mano derecha, dejó caer la frente sobre la mano izquierda, como sumido en una profunda meditación.

El pensamiento que en su mente había brotado momentos antes, tomaba cuerpo y crecía.

¡Una venganza!

¡Sí..., una venganza terrible!

Levantó la frente y dijo al miserable que aguardaba:

— ¿De modo que eres un bandido, un tuno redomado, sin esperanzas de que en tu vida vuelvas á ser hombre de bien?

— ¿Qué quiere usted que sea? ¡A menos de alguna herencia inesperada!

— ¡Pues bien! Viniste aquí para robar... Voy á hacerle una proposición que te será más provechosa que el robo, suponiendo que no hubieses errado el golpe.

— A sus órdenes, caballero, con tal de que no haya que sangrar á nadie, porque la cirugía me repugna.

— No se trata de matar á nadie. Voy á entregarte un niño y una cantidad de dinero. Desaparecerás con la criatura y nunca revelarás á nadie el secreto de este pacto.

— Se trata, en una palabra, de la educación de un serafín... No veo inconveniente. La ley no se opone tampoco... Me toma usted por preceptor. ¡Corriente! ¿Querrá usted que le enseñe un buen oficio?

— El que tú quieras.

— Respetaré sus inclinaciones.

Jorge, lívido, callaba.

*Caracol* continuó:

— ¿Y para los gastos de pupilaje y enseñanza?

Jorge sacó de la caja un fajo de billetes de Banco.

— ¿Puedo sacar mi brazo, ahora que soy preceptor de su chiquitín?

— Sí..., toma. ¡Pero no olvides que quiero que el niño viva!

— Le cuidaremos... Mi mujer adora á los chiquillos. Le trataremos como si fuese nuestro propio hijo.

*Caracol* recogió sus herramientas y embolsó el dinero que le dió Jorge.

— ¡Ven!, le dijo éste bruscamente.

El hombre le siguió.

Atravesaron el comedor y se detuvieron en la antesala.

— Espérame aquí. Te haré salir sin que nadie te vea.

Entonces, rápidamente, pero haciendo el menor ruido posible, Jorge subió al segundo piso.

Penetró con mil precauciones en el cuarto de Fanfán.

Cerró la puerta de comunicación con el de Teresa. El niño dormía.

Kerlor lo cogió en sus brazos.

El angelito despertó entonces un poco asustado. Pero reconociendo al que lo había cogido, se tranquilizó.

## SEGUNDA PARTE

## Ceferina, Caracol y Compañía.

## I

## LA LECHERÍA

En lo alto del *faubourg* Saint-Denis, pasado el *boulevard* Magenta, hay una lechería frecuentada por una clientela especial.

Basta ver al amo para comprender el estado próspero del establecimiento.

Es un mocetón ancho de espaldas, moffetudo y barrigudo, con los dedos cubiertos de sortijas enormes, vistiendo casi siempre un chaleco de Bayona, sobre el cual danzan una gruesa cadena de reloj y una porción de colgajos.

Esta lechería es el punto de reunión de las «damas excarceladas de San Lázaro.»

Allí acuden tan pronto como se les abre la puerta de la cárcel de mujeres, á las ocho de la mañana, para juntarse con los que las esperan..., cuando las esperan.

Allí las que quieren *trabajar*, en el sentido particular de la palabra, pueden encontrar un amo que les proporcione faena inmediatamente.

Allí, en fin, acuden todas á satisfacer un deseo irresistible, el de tomar café con leche, costumbre de que se han visto privadas durante todo el tiempo de su reclusión.

Desde las cinco de la mañana en verano y desde las seis en invierno, todas las mesas de la lechería están ocupadas.

Las dos camareras y el amo van y vienen de un cliente á otro, sirviendo con cuidado y actividad.

Desde el amanecer hasta poco antes de las ocho, la clientela se compone principalmente de trabajadores, costurerillas, vendedoras y empleados de comercio ó tenderos del barrio: clientela honrada y fiel que constituye la base sólida del establecimiento.

Entonces allí se habla poco. Todo el mundo lleva prisa. Toman su desayuno, pagan y se van.

Caen pocas propinas para las camareras, que no prodigan, en cambio, sus sonrisas.

Después de las ocho, la cosa cambia con la invasión de las «damas de San Lázaro.»

Sus amigos hace ya un rato que las aguardan, absorbiendo alcohol para prepararse á soportar emociones.

Y cuando han vuelto á juntarse ellos y ellas, continúan bebiendo para consolarse.

En tal consorcio les sorprende la hora de almorzar, y por no molestarse yendo á otra parte, almuerzan allí.

El almuerzo no es tal vez muy delicado, pero la abundancia de vino suple á la buena calidad de las viandas.

Además, la comilona suele ser el preludio de nuevas asociaciones, la ocasión de desarrollar planes concebidos en la soledad y el silencio de la cárcel ó del tugurio.

Allí se forman entonces esos casamientos morgánicos, para los cuales la discusión del contrato es casi tan complicada como la de los capítulos matrimoniales autorizados por el notario. El novio aporta su buena cara y el apoyo de sus puños; la novia, sus encantos y las rentas que este capital puede y debe producir.

Precisamente en aquella lechería se había preparado, combinado y estipulado el matrimonio de Eusebio Petard, conocido exclusivamente por el apodo de *Caracol*, con Prudencia Ceferina Fillon.

Recién salido de la cárcel de la Santé, *Caracol* andaba errante por las calles de París buscando faena, cuando fué á parar delante de la lechería del *faubourg* Saint-Denis. Acercóse á un grupo que leía una lista de empleos vacantes, y le sustrajo diestramente el portamonedas á un mirón. Vacío el dinero en su faltriquera y echó el portamonedas á la cloaca. Después de esta operación entró en el establecimiento y pidió un café con leche. En su misma mesa tomaba también igual desayuno una mujer muy alta, muy flaca y muy fea.

Pocos minutos después entablaron conversación. *Caracol* había notado que su vecina llevaba dos hermosas sortijas de oro, pendientes y reloj colgado al cuello por medio de una larga cadena también de oro.

— Debe ser persona decente, pensó él. Quizá venga á pedir noticias acerca de alguna pupila suya, encerrada por el momento en San Lázaro. Me conviene trabar conocimiento con ella.

Y con prudencia exploró el terreno, haciendo caer la conversación sobre la cárcel de mujeres, com-  
padiendo á las presas.

— ¡Méceme, papá!, murmuró haciendo una graciosa mueca, dominado por el sueño.

Dejó caer su cabecita rubia sobre el hombro de Jorge y volvió á quedarse dormido.

Kerlor no oía ni veía nada.

Envolvió su presa en una manta y se la llevó á *Caracol*.

— ¡Aquí le tienes!

— ¡Muy bonito! Sea dicho sin lisonja, se parece á usted.

— ¡Silencio! Sígueme.

Abrió la puerta.

Los dos hombres bajaron al jardín, y deslizándose como sombras, llegaron á la reja.

Empezaba apenas á clarear.

El bosque de Bolonia extendía en lontananza su masa oscura y siniestra.

El hombre huyó con el niño.

Jorge le vió desaparecer en las sombras de la noche.

Volvióse cautelosamente á su despacho y se puso otra vez á escribir.

Esta ocupación duró cerca de dos horas.

Cuando hubo terminado, colgó en la antesala su gabán y su sombrero y fué á llamar ligeramente á la puerta del cuarto de su madre.

La anciana abrió en seguida.

También estaba dispuesta á partir, con el sombrero puesto, envuelta en su abrigo.

Dirigió á su hijo una mirada interrogadora.

Pero la voluntad impresa en el rostro descompuesto de Jorge era tan absoluta, que no se atrevió á preguntarle nada.

— Vamos, madre.

Y tomó con ella el mismo camino que horas antes había andado con *Caracol*.

Al pasar por delante del palacio del jardinero, vió á éste que llenaba su pipa.

— Antonio, dijo Jorge, vea usted si pasa algún coche.

Precisamente pasaba uno en dirección hacia París. El jardinero, lleno de sorpresa lo llamó.

Kerlor hizo subir en él á su madre, y antes de tomar asiento al lado de ella, entregó una carta cerrada á Antonio.

— Cuando se levante la señora, dale esta carta.

Y dirigiéndose al cochero, le gritó:

— ¡A la estación de Orleans!.. ¡A escape!

El jardinero se metió en casa, persuadido de que el Sr. de Kerlor acompañaba á su madre hasta la estación.

En el momento en que cerraba la puerta, oyó una voz que le llamaba.

Era Elena que había presenciado la escena, oculta detrás de la cortina de su ventana.

— ¿Para quién es esa carta, Antonio?

— Para la señora condesa.

— Súbela.

Cuando tuvo el pliego en la mano, la desdichada se sintió presa de una nueva ansiedad, secreta y profunda.

Vaciló un momento; pero rompiendo el sobre con un movimiento febril, leyó rápidamente el escrito.

He aquí lo que contenía:

«Señora: He buscado una venganza que los alcance á los tres, á usted, á su hijo y á su amante.

»Dios me la envió.

»Les hiero en su propio crimen.

»Cuando lea usted estas líneas, su hijo habrá desaparecido.

»Ha muerto para usted y para su padre.

»Sin embargo, vive.

»Matarlo hubiera sido un castigo incompleto.

»Encontré algo mejor.

»Le entregué á un hombre que en adelante será su padre.

»Ese hombre es un ladrón, un asesino, la escoria de la sociedad, la hez del crimen... Criará á Fanfán á imagen suya.

»Es inútil que usted lo busque. No lo encontrará por ahora. Más tarde lo conseguirá sin duda, si escudriña las cárceles y los presidios ó si llega hasta el pie del cadalso.

»Adiós. No volverá usted á verme jamás. — JORGE DE KERLOR.»

Apenas hubo leído Elena esta carta, dió un grito espantoso y corrió al cuarto de Fanfán.

Teresa entraba en él.

La camita estaba vacía.

— ¿Dónde está mi hijo?, gritó como una loca.

— ¡Cómo!, exclamó la muchacha palideciendo.

¡Cree que estaba con la señora!

Elena quiso hablar, pero las palabras se detuvieron en su garganta.

Agitó los brazos en el vacío y cayó de espaldas al suelo como una masa inerte.

— Tiene usted razón, caballero, replicó la vecina; es una indignidad. Porque cuando á uno le condenan por robo ó por otra cosa, no hay nada que decir; se sufre la condena y se acabó. Pero tratándose de mujeres, ni siquiera hace falta que las condene ningún tribunal. Basta un capricho de cualquier agente de policía, para que una sea encarcelada sin motivo alguno.

— Porque les da la gana.

Uno y otra se entendieron pronto sobre este terreno, y de las consideraciones generales pasaron pronto á las personales, acabando por contarse mutuamente su historia.

Hay que advertir que al café con leche siguió un ligero almuerzo ofrecido por *Caracol* y compuesto de cuatro huevos al plato, dos arroces con leche, un lenguado y tres litros de vino.

Sería largo y superfluo reproducir en todos sus detalles y tal como se la refirió á *Caracol* la existencia de Prudencia Fillon, que después de haberse criado en una granja de la Beauce, fué sucesivamente pastora, criada, mujer callejera, camarera de cervecería, sin haber conocido infancia ni mocedad.

Pero ya próxima á la edad madura, le había sucedido, cinco ó seis años atrás, un accidente que conviene anotar.

¡Había estado enamorada!

Sí, realmente enamorada de un soldado, que iba á verla con regularidad á la cervecería mal afamada en que ella servía.

Y lo sacrificó todo á aquel amor. Abandonó su puesto y trató de buscar una ocupación más ó menos honrada que la hiciese digna de su amante.

Llegó á servir en la cantina en que él comía.

Pero apenas hubo empezado aquel honrado trabajo, cuando quedó embarazada.

A consecuencia de esto fué despedida.

Cuando su soldado recibió la absoluta y se marchó á su tierra, Prudencia no quiso tomar otro amante, salió de su cuidado en el hospicio de la Bourbe, reconociendo á su hijo, pero declarando que lo abandonaba porque su miseria no le permitía criarlo.

Deseó que le pusieran por nombre el de su amante, que se llamaba Claudio.

El niño fué registrado y depositado en el hospicio, donde la madre podía reclamarlo el día que quisiese.

Entonces se operó en aquella mujer un inmenso y prodigioso cambio.

Desde su salida del hospicio, sólo vivió para aquella criatura, á quien no había de conocer sino con la condición de merecerlo.

Tenía que conquistarlo, y estaba resuelta á llevar á cabo aquella conquista.

En su alma encenagada en el vicio, el amor había arrojado un rayo de luz y la maternidad echado raíces.

Prudencia buscó trabajo y lo encontró.

Hizo una porción de oficios, de esos que no necesitan aprendizaje.

Pero apenas ganaba para comer.

¿Cómo conseguir, pues, su objeto?

Además, la holgazanería había llegado á ser en ella una segunda naturaleza.

No le fué posible trabajar asiduamente en ningún taller.

Tuvo momentos de amargo dolor.

¿Y remordimientos?.. Pensó espantada en la inno-  
ble existencia que había llevado hasta entonces y que ahora la privaba de las caricias y de los besos de su hijo.

Un día se le ocurrió una idea genial.

Se decidió á ser sonámbula extralúcida y cartomántica.

Instalóse en una de las calles paralelas á la Glaciere, donde hormiguea una población numerosa y favorable á la profesión de adivina.

Desde sus ventanas, la Fillon divisaba el manicomio de Santa Ana; un poco á la izquierda, la Bourbe, donde su hijo había venido al mundo; al fondo del horizonte, el hospicio de niños, y detrás, la cárcel de la Santé.

Colocada en el centro de aquel cuadrilátero, ¿cómo no había de haber numerosos infelices que fuesen á preguntar á su ciencia ó á sus cartas hacia qué lado del horizonte era preferible dirigir sus pasos?

La mujer prosperó en su nueva profesión.

Pero de resultados de algunas visitas de la policía, la clientela, temerosa de comprometerse, empezó á volverle la espalda.

Por esto, á los tres años, la sonámbula abandonó el barrio de la Glaciere.

A lo mejor había desaparecido, después de vender la mayor parte del mobiliario que la prosperidad de sus comienzos le había permitido comprar.

(Continuará)



## REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES

## PLAZA «ESPAÑA»

El día 22 del pasado abril fué uno de los más felices para los españoles que habitan la hermosa capital de la República Argentina.

La manifestación de confraternidad hispano-argentina comenzada tan espontáneamente en la condal ciudad catalana, con los agasajos tan oportunos como justamente tributados á los marinos de la fragata *Sarmiento* y continuados en la capital española, repercutió rápidamente en los altos poderes del Estado y en todo el pueblo argentino; y como por encanto de amores sinceros desaparecieron del himno nacional cuantas frases y conceptos pudieran directa é indirectamente zaherir los sentimientos patrióticos del medio millón de españoles diseminados por esta hospitalaria república. Pero como «nobteza obliga,» no se contentaron los argentinos con la supresión de las estrofas aludidas, sino que el señor Intendente Municipal, el Lord Mayor de la populosa ciudad de Buenos Aires, quiso hacer algo más tangible, superior, imperecedero; cosa que no se borrara jamás de la memoria del pueblo español; y al obsequio dignamente regio destinado á la reina regente y de cuya ejecución está encargado nuestro eximio escultor D. Mariano Benlliure, unió el de dar el nombre de «España» á una de las mayores y más hermosas plazas del municipio.

La idea y el hecho tuvo tanta aceptación y buena acogida en todos los ámbitos de la República Argentina, que hoy rara es la capital de provincia y población importante que no haya dado



SR. D. ADOLFO J. BULLRICH,  
Intendente Municipal de Buenos Aires  
(de fotografía de Choofs y Brook)

el nombre de «España» á una de sus plazas, avenidas ó calles. La municipalidad de «La Plata» ha ido un poco más lejos, acordando erigir en el centro de la que tal nombre lleva en aquella ciudad un monumento dedicado á nuestro incomparable é inmortal tribuno D. Emilio Castelar, obra para la cual ya están votados *doce mil* pesos.

El acto de la colocación de las placas en la plaza «España» de la ciudad de Buenos Aires revistió una pompa y grandiosidad imponentes. Horas antes de la ceremonia difícilmente se podía dar un paso por las avenidas que daban acceso á la plaza, y fué trabajo de titanes el poder llegar comisiones y periodistas al palco oficial. Concurrieron todas las bandas, orquestillas, coros y orfeones españoles y multitud de sociedades de diferentes



EXCMO. SR. D. JULIO DE ARELLANO Y ARÓZPIDE,  
Ministro plenipotenciario de España en la República Argentina  
(de fotografía de A. S. Witcomb)

géneros con sus banderas y estandartes y trajes característicos. A la hora fijada llegó la comisión oficial, compuesta del señor Intendente Municipal y Secretario, el Excmo. señor Ministro plenipotenciario D. Julio Arellano y Arózpide, personal de la Legación y Consulado, completando el acompañamiento comisiones de las sociedades y círculos españoles radicados en la capital federal.

Dió principio al acto el Sr. Bullrich leyendo un entusiasta y elogioso discurso, interrumpido á cada párrafo por nutridos

aplausos, terminando su peroración con un abrazo al Ministro de España, abrazo que le fué devuelto al finalizar el Sr. Arellano su discurso de gracias.

Después el Sr. Williams leyó una sentidísima carta felicita-



SR. D. JORGE WILLIAMS,  
Secretario de la Intendencia Municipal de Buenos Aires  
(de fotografía de Freitas y Castillo)

ción dedicada al Intendente por el anciano doctor D. Vicente Fidel López, persona queridísima de la colonia española por su constante trabajo en procurar esa fraternidad que estamos celebrando.

Al terminar la lectura se cambiaron entusiastas vivas.

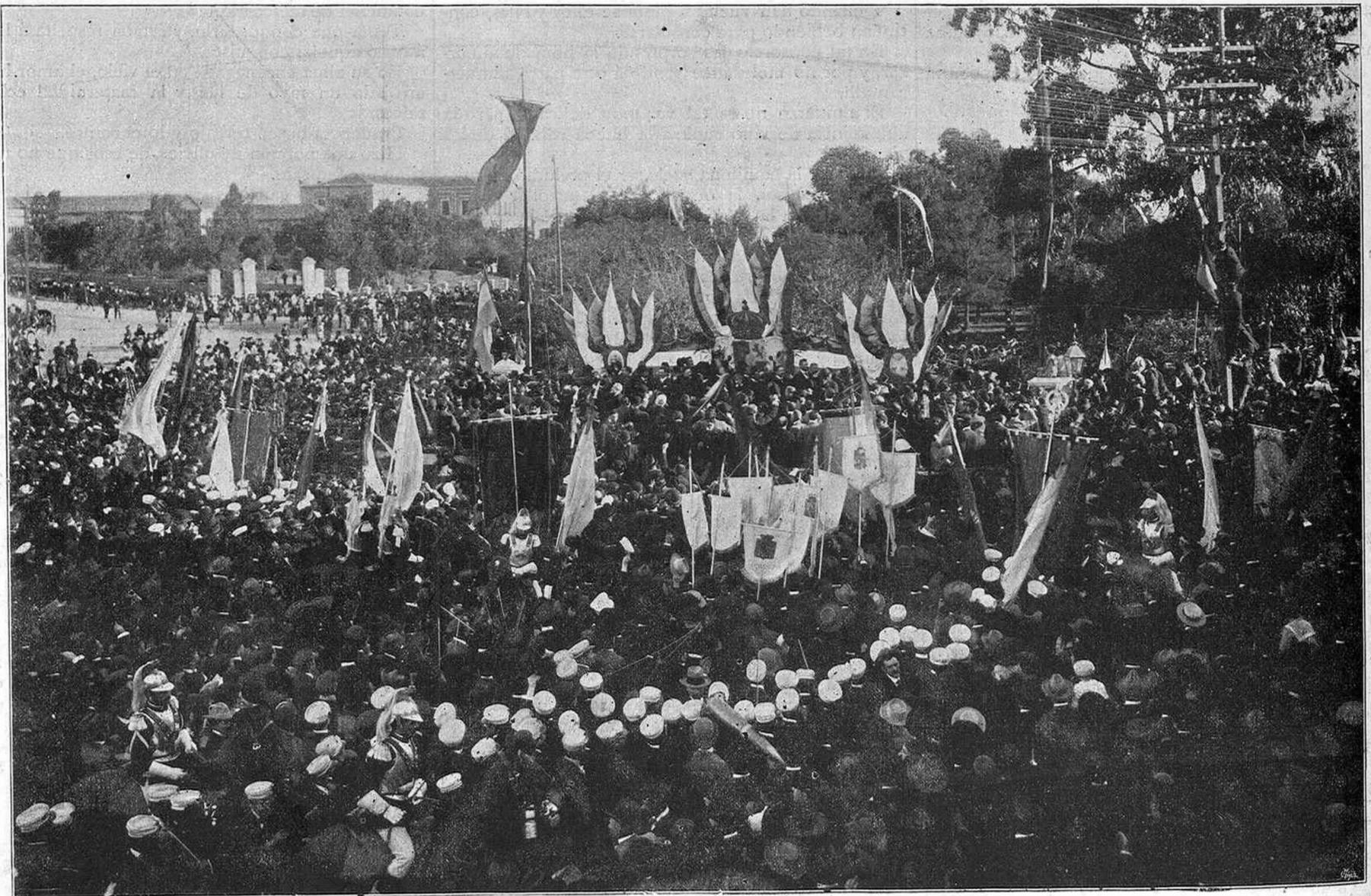
Acto continuo se colocaron las dos placas. El señor Intendente colocó la que llevaba los colores de la bandera española y el señor Ministro la que los tenía de la argentina, mientras cuatro bandas militares tocaban la marcha real española y los orfeones y orquestillas españoles hacían lo propio con el himno argentino, y se disparaban dos mil bombas de estruendo, quedando empavesada toda la plaza.

Momento solemne, grande, emocionante: completaban el cuadro los *cincuenta mil* espectadores dando continuados vivas á las dos naciones.

No hay duda que tales demostraciones de afecto quedarán perennes en los corazones de argentinos y españoles que tuvieron la dicha de presenciar tan imponente manifestación de simpatía que á tan hermosos actos ha dado lugar y seguirán dándose continuamente.

Entretanto quiera el cielo que siempre brille refulgente el sol de la fortaleza y lealtad entre las dos naciones que ya más que madre é hija deben ser sinceras y amantísimas hermanas.

Y ahora permítaseme presentar en breves párrafos á los personajes que honran hoy las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - INAUGURACIÓN DE LA PLAZA «ESPAÑA.» COROS Y ORFEONES EN EL MOMENTO DE COLOCAR LAS PLACAS

Poco más de año y medio hace que D. Adolfo Bullrich desempeña la Intendencia Municipal de Buenos Aires, sin haber figurado antes ni en la política ni en otros puestos públicos de importancia; y sin embargo, su nombramiento no pudo ser más acertado para dirigir y velar por los intereses del municipio. Su labor, su constancia, su firmeza y su amor á lo grande, suntuoso y bello, han dado por resultado una rápida transformación de Buenos Aires, embelleciéndola, adornándola, higienizándola, considerando que para lo último hay que empezar por la vivienda de los pobres. A ello concurre con todas sus fuerzas y valer, y aunque oye graves censuras de los propietarios egoístas explotadores de la miseria, él continúa imperturbable cerrando y derruyendo conventillos y viviendas que no estén en buenas condiciones para la vida del pobre obrero. Otra de sus constantes preocupaciones son los afirmados, y en esto como en todo va cumpliendo con seguridad el plan y programa que se trazó al entrar en la Intendencia.

Sus concepciones se van realizando con base segura porque conoce á fondo las necesidades del municipio y comprende que es preciso mucha constancia y firmeza para poder llevar á todos los extremos de tan extenso territorio lo útil con lo hermoso, los arbolados y la luz, las obras de salubridad y las aguas.

Enamorado de su popularidad, hace que todas sus ideas revistan cierta grandeza hasta en los detalles menores, lo que le hace el hombre del día. Su rectitud y firmeza, al par que afectuoso trato, le han conquistado el respeto y la estimación de todos sus administrados.

Hoy día es un modelo la municipalidad de la capital en la sección administrativa, pues los empleados cumplen con sus obligaciones, atendiéndose al público con la amabilidad debida al respeto de todo el mundo, estando siempre el trabajo en general al día, dando para ello el ejemplo, pues generalmente es el que se retira más tarde y llega de los primeros.

Ha visitado las principales ciudades de Europa, y actualmente está preparando un largo viaje al viejo mundo. Espera poder

permanecer largo tiempo en España, la que desea conocer detenidamente. De seguro será tan apreciado allí como lo es aquí por propios y extraños.

El que conoció al Sr. D. Jorge Williams, actual Secretario de la Intendencia Municipal de Buenos Aires, cuando estudiaba el cuarto año de Ingeniería, poco podría pensar la transformación que iban á sufrir sus aptitudes, pasando de estudiante á la administración del

Su labor es inmensa. Su inteligencia clarísima. Posee un talento brillante y un espíritu cultísimo. Es de carácter franco y abierto y accesible á todo el mundo, atendiendo á todos con la misma cortesanía y cariñosa afabilidad que tanto le distingue y que tan estimado le hace de subalternos y superiores.

Entre los mejores timbres de gloria conquistados por el actual Secretario de la Intendencia Municipal de Buenos Aires don Jorge N. Williams, figura el de ser uno de los iniciadores, secretario *ad honorem* y en una palabra la verdadera alma del Patronato de la Infancia, institución benéfica modelo en su clase.

El Excmo. Sr. D. Julio Arellano y Arózpide, el ministro que ha tenido la gloria y la fortuna de unir en abrazo efusivo los dos pueblos, el que ha puesto el sello á la íntima confraternidad hispano-argentina, es hijo de la industrial Bilbao y fué secretario de D. Emilio Castelar mientras éste ocupó la presidencia de la República.

Ingresado en la carrera diplomática, desempeñó la primera secretaría de la Embajada en París, siendo ministro el duque de Fernán Núñez. Pasó luego á Roma, donde permaneció algunos años. Fué ministro en la República del Uruguay, Guatemala, Ecuador, Perú y actualmente en la Argentina.

Como el mismo Sr. Arellano dice, parece que la suerte ó fortuna le acompañe, pues cuando en el Perú estuvo de representante de España lo fué también del gobierno italiano, evitando con su tacto una ruptura de hostilidades entre ambas naciones. En Centro América su mediación privó la realización de muchos hechos sangrientos, concluyendo por imponer la paz entre los combatientes. En Montevideo fundó el Hospital Español. En Buenos Aires está todavía latente el entusiasmo entre ambas familias hispano-argentinas. La supresión de las estrofas del himno casi se une con el tratado de propiedad literaria, esperándose mucho y bueno de su acción cerca del gobierno argentino.

Posee la Gran Cruz de Carlos III, la de igual clase de Isabel la Católica, Caballero Gran Cruz de la Corona de Italia, gran oficial de la Legión de Honor, Comendador de Villaviciosa y otras.

Buenos Aires. Mayo 1900.

JUSTO SOLSONA.



Modelo de las placas colocadas



Medalla conmemorativa de la inauguración de la plaza «España»

ferrocarril del Oeste por espacio de quince años consecutivos con el cargo de secretario general. Sus especialísimas aptitudes fueron reconocidas y pronto le vemos en la Intendencia acompañando las administraciones de los Intendentes Sres. Seeber, Bollini, Cané y Pinedo. Después de terminado el período del Sr. Pinedo, quiso el Sr. Williams rebelarse contra su destino, y dimitiendo la secretaría de la Intendencia, dedicóse al comercio; pero antes de los cuatro años los ruegos volviéronle al punto de partida para acompañar al Sr. Bullrich. Muchos creerán que durante el tiempo dedicado al comercio descansó de los cargos públicos; pero quien tal creyera se engañaría por completo, porque durante aquel tiempo fué Comisario General del segundo censo en 1895, miembro de la Dirección de Ferrocarriles Nacionales, vocal del Consejo Escolar del 7.º distrito, juez de paz de la sección 16 y secretario general de la Exposición Nacional, de la que se ocupó á su debido tiempo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE APÍOL DE LOS SEÑORES JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
 CAPSULAS DE LOS SEÑORES JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS  
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curaada por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SEÑS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - PRECIO: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo  
**VINO DEFRESNE**  
 con PEPTONA es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.  
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf y EN TODAS FARMACIAS.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

ENFERMEDADES DEL **ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**  
 Empleado con el mejor éxito  
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ** Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de BERTOTINA BONJEAN** HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
 LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL APÍOL DE LOS SEÑORES JORET Y HOMOLLE**  
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PÍLDORAS BLANCARD** con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD** con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**CEREBRINA** REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS Suprime los Cólicos periódicos E. FOUBNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias Desconfiar de las Imitaciones.

**Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>an</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias



En la parada, cuadro de Félix Mestres (Salón París)

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las  
 Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
 DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
 DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**

**Pepsina Boudault**

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1858  
 Medallas en las Exposiciones internacionales de  
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
 1887 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
 GASTRITIS - GASTRALGIAS  
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS  
 FALTA DE APETITO  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE

**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
 y en las principales farmacias.

**EL APIOL** de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias  
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores  
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el  
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base  
 de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como  
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia  
 contra los **RESFRÍOS** y todas las **INFLAMACIONES** del PECHO y de los **INTESTINOS**.

**VINO AROUD**

**CARNE-QUINA-HIERRO**  
**MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR**  
 prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**

102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

**PATE EPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN